Mundo Argentino

Año IX. — Núm. 422 Febrero 5. — 1919



Las reinas del cine: Bessie Barriscale

ODONTÓLOGOS EGRESADOS EN 1918


Srta. Aminta Illa


Srta. Ada Bissone


Srta. Amelia E. Lucerna


Srta. Plácida Nágera Ezcurra


Srta. Sara Molinuevo Estrada


Sra. Cecilia S. de Karnany


Srta. Ana Gianoli


Srta. Elvira Schenone


Srta. Rosa Semino


Srta. Josefa Bianchi


Srta. María Mercedes Jugo


Srta. Coatz Romer


Srta. Lola Terry


Srta. Celia Koriman


Srta. Palmira Cirio

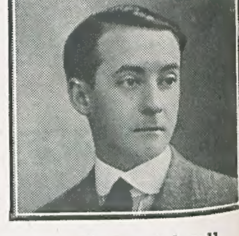

Armando A. Cóppola


Roberto Amespil


Alejandro Callegari


Abrahán Abrashkin


Víctor B. Bertorino


Abel Estefanell


Alfredo Fortunato


Marcial González Durand


Julio Del Forno


Eugenio Valdivieso


Rodolfo Revilla


Julio V. Malmierca


Erminio Bianchi


Alberto Villamayor Noceti

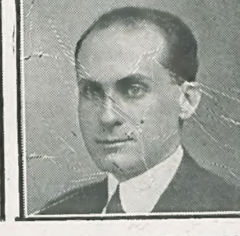

Antonio Coscolla


Roberto Carbonell


Luis Alberto Pastor


Juan Augusto Perelli


Luis G. Bustos


M. Antonio Yagueddú

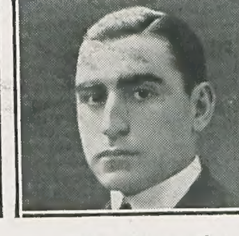

Gustavo Adolfo Chiappori


Alberto B. Dané

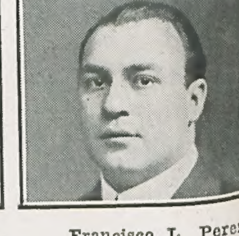

Guillermo A. Mallorca


Atilio Vallazza


Mario Caballero


Julio César Díaz


Orlando J. Marcone

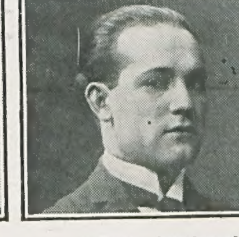

Francisco L. Pereno

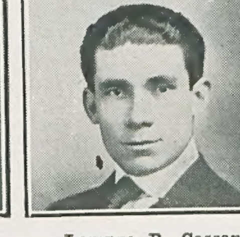

Marcelino Fernández Rego


Amílcar Loza


Esteban José Delfino


Juan Chaneles


Lidoro Avellaneda


Lorenzo B. Cassanello


David M. Cohen

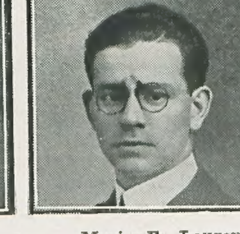

Horacio Buhigas


Alberto Gallo


Raúl L. Dunogent


Alfredo Goldsaack Guiñazú


Pedro N. Bonel


Mario E. Laurens


Eduardo T. Romay

Mundo Argentino

Semanario popular ilustrado, el de mayor tirada en la América del Sur

Aparece los miércoles

Editado por la empresa Haynes

Maipú 393.—Bs. Aires



Precio del ejemplar al público en todo el país: 010.

Precio de la subscripción anual: $ 5 m|n en toda la república y $ 3 oro en el extranjero.

Agente exclusivo para la venta en el Uruguay: Angel Adami, 18 de Julio, 873, Montevideo. — Esta agencia recibe subscripciones anuales de toda la república a $ 2.50 oro.

Agente exclusivo en Chile: Alfredo Sánchez A.—Casilla de Correo 3536—Santa Mónica 2169, Santiago.

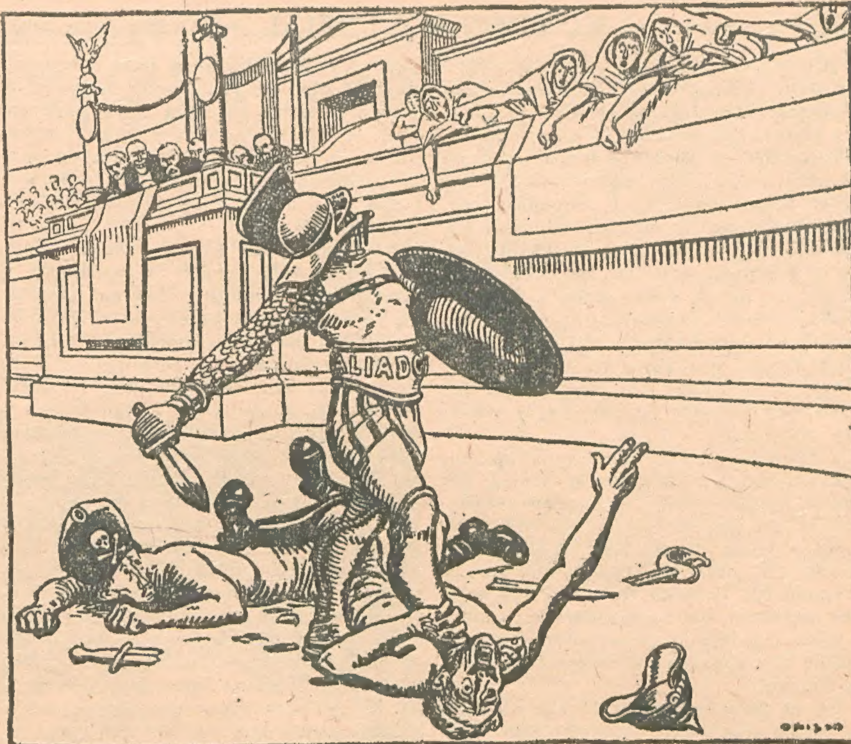
Agente exclusivo para el Paraguay: Rufino D. Recalde, Avenida Colón, 185, Asunción.

Agente en San Paulo (Brasil): Antonio Anunziato, Rua San Bento, 67.

Los reporters y fotógrafos de la capital se hallan munidos de una credencial en forma, la cual debe exigirse en todos los casos

No se devuelve los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de los recibidos.

AÑO IX, N.º 422. Bs. As., Febrero 5, 1919



El gladiador triunfante

LA SEMANA

INMIGRACION DE BRAZOS Y CAPITALES

Los propósitos del gobierno sobre propaganda en el extranjero para estimular la inmigración de brazos y capitales, no son muy seductores. Los capitales extranjeros son préstamos que el país recibe, y que debe pagar con intereses. Ellos no se radican aquí definitivamente, no se nacionalizan, no toman carta de ciudadanía, y tan pronto como se instalan comienza su regreso paulatino al domicilio del propietario, verificándolo por medio de las amortizaciones, las cuales pueden estar comprendidas en los dividendos. Y llega un momento en que el país ha devuelto al extranjero el capital y los intereses, pudiendo suceder también, según cual haya sido la inversión del capital, que una empresa quede instalada y en pleno funcionamiento. Este residuo constituye un capital de formación argentina, hijo de aquel capital extranjero. Si corresponde a una concesión del estado, queda de propiedad del país, queda nacionalizado. Pero de otro modo, continúa siendo capital extranjero, y es como si el país hubiese recibido un segundo préstamo, que deberá amortizar con intereses.

Nosotros estamos lejos de ser enemigos del capital extranjero. Nuestro propósito es hacer notar que el país les paga intereses y los amortiza, pues la capacidad de hacerlo tiene la mayor importancia. En efecto, para pagarles intereses y amortizarlos, tiene que ganar el dinero necesario. ¿Cómo lo gana? Con su trabajo. Pero esto quiere decir que el trabajo nacional, ganando dinero, es susceptible de formar capitales nacionales. De donde se deduce que, si nos faltan capitales, la primera preocupación del gobierno, muy lejos de ser la atracción de capitales extranjeros, debe ser la de fomentar el trabajo nacional. Pues está fuera de discusión que al país más le conviene formar capitales propios que pedirlos prestados al extranjero.

Calculando en dos millones, entre hombres y mujeres, las personas útiles para el trabajo que hay en la República Argentina, y calculando que el trabajo de cada una sólo produjese un exceso de valor de cien pesos anuales, lo cual es menos de treinta centavos por día, al cabo del año habrían producido un exceso de valor de doscientos millones, habrían aumentado en esta suma el capital nacional. Es un cálculo con cifras cualesquiera, sólo para dar idea de lo que puede representar el fomento del trabajo en la formación del capital nacional.

En otro artículo hemos dicho que más de la mitad de la población argentina, el 57 por ciento, vive en las ciudades, donde su trabajo, por falta de industrias, no puede ser productivo. Añádase a esto el paro de tantos brazos que no tienen ocupación, o que no la tienen en la medida de sus fuerzas y deseos, el cual no es un fenómeno exclusivo de las ciudades, porque es precisamente en las campañas donde más se huelga, y se comprenderá hasta qué punto el país mantiene sin empleo sus fuerzas de trabajo. El trabajo argentino podría rendir quizá el doble, quizá el triple de lo que rinde. ¿Y qué no aumentarían los capitales nacionales, grandes y pequeños, si el país diese empleo a todos sus brazos? Y para dárselo bastaría por el momento una legislación agraria que fomentase la pequeña propiedad, que es lo que pedíamos en el número anterior y reiteramos hoy en otra parte. Ella intensificaría el trabajo de las campañas y volcaría sobre las mismas el exceso de población que inútilmente vegeta en las ciudades.

Bien nos hacemos cargo de la ayuda que representa el capital extranjero, y cuanto puede contribuir a dar pábulo al trabajo nacional. Pero sería contradictorio que el gobierno se esforzase en atraerlo mientras descuidase el fomento de este último. Porque fomentando el trabajo nacional se crearía la situación de prosperidad que es precisamente el reclamo y la condición "sine qua non" para que venga el capital extranjero. Entonces él viene espontáneamente, mientras que de otro modo el hipnotismo oficial no bastaría a sugestionarlo.

Iguales observaciones tendríamos que hacer en cuanto a la inmigración de brazos. Es contradictorio ir a buscar brazos en el extranjero y dejar que en el país tantos permanezcan sin empleo. Los brazos inmigrantes no vendrían sino a agravar la situación. En cambio, la prosperidad del país, que se mide por la ocupación de los brazos, por la intensidad del trabajo nacional, atraería por sí sola la inmigración extranjera, y hasta sería lo único capaz de atraerla.

LA CUESTION SOCIAL

Se han dado a conocer nuevas resoluciones tomadas por el Ejecutivo en acuerdo de ministros, para abaratar la vida y mejorar la condición del pueblo obrero. Celebramos que la atención del gobierno se dirija a esas cuestiones, pero lamentaríamos que se equivocase acerca del alcance de las resoluciones adoptadas. Ellas no pueden bastar a satisfacer la expectativa pública, y la mitad de su valor dependería, sin embargo, de que la satisficiesen. Hoy es necesario que el pueblo pueda descansar no sólo en la sinceridad, sino también en el acierto de los poderes públicos, y que pueda cifrar tantas esperanzas en el próximo porvenir, que le sean llevaderos tantos males del presente, cuya instantánea subsanación es imposible. Y para eso es a su vez necesario que las medidas de hoy contengan el fundamento de aquellas esperanzas.

El gobierno ha decidido desarrollar el sistema de las ferias francas, y vender carne y fabricar pan por cuenta de la municipalidad. Es una medida conveniente, como manera de estimular un inmediato abaratamiento de dichos artículos. Pero a nadie se le oculta su carácter transitorio ni lo relativo de su influencia sobre las cotizaciones. Es de efectos precarios y mediocres, y su elección sólo se justifica por ser la única capaz de surtir un inmediato alivio. El pueblo consumidor tendrá, pues, que resignarse a continuar padeciendo, aunque atenuada, la carestía, y para que se resigne es necesario que perciba el próximo y seguro fin de la misma.

Repetidas veces hemos emitido nuestro parecer sobre la solución del problema de la carestía. Habría que someter al control del Estado la fabricación y comercio de artículos de abastecimiento, limitando sus ganancias a un tanto por ciento fijo sobre el costo de producción y asegurando el puntual abastecimiento del mercado. La manera de llevarlo a cabo no sería más que un pequeño problema administrativo.

Tocante al mejoramiento obrero, a que también se refieren las resoluciones del acuerdo de ministros, nos ratificamos en nuestras opiniones del número anterior. No habrá mejoramiento mensurable si no se desagrava el problema social, descongestionando las ciudades, resolviendo un problema previo, el problema agrario. Pero no tenemos garantía alguna, no tenemos en qué fundar una esperanza de solución de este problema, ni la tendremos mientras los poderes colegisladores no se planteen en toda su realidad el problema impositivo. Pues también insistimos en que la base de la solución del problema agrario son los impuestos territoriales.

En cuanto a una legislación puramente obrera, concerniente a las relaciones entre el capital y el trabajo, cuya necesidad es independiente de la situación económica, casi ninguno de los proyectos pendientes de sanción satisfará las necesidades inmediatas del pueblo obrero. Más provechosa fuera una ley, que podría sancionarse en seguida, dictando las bases fundamentales del contrato de trabajo (descanso semanal, horario máximo, salario mínimo, fijado tal vez por las municipalidades). Entonces el pueblo obrero podría hacer efectivas sus más urgentes reivindicaciones, y aguardaría con confianza los complementos de esa ley y el desarrollo de sus principios.

La paz social es en parte considerable, pero muy considerable, una cuestión de confianza en el porvenir, una cuestión de ver abrirse nuevos horizontes, una cuestión de buenas y fundadas esperanzas, una cuestión de optimismo. Los poderes colegisladores están en el deber de descorrer al pueblo esos horizontes, de infundirle esa confianza, esas esperanzas, ese optimismo.

SEUDOBANDOLERISMO Y SEUDOMAXIMALISMO

En las provincias y territorios vienen produciéndose, desde hace varios años, huelgas o levantamientos de agricultores, colonos y obreros del campo. Las versiones que de ellas llegan a Buenos Aires suelen ser confusas e inexactas y sólo a la larga se consigue poner en claro la naturaleza y tener la explicación de los sucesos. No hace tanto tiempo que en la Patagonia una numerosa banda de salteadores se convirtió en una verdadera inmigración de colonos chilenos inicuamente desalojados de sus tierras. ¿En qué vendrá a convertirse el ejército maximalista que había invadido el territorio de Santa Cruz, y acerca de cuyo peligro para el Estado parece que ya se desvanecieron todos los temores? Pues no así como quiera se forman ejércitos maximalistas en aquellas remotas latitudes. Aun resultará que no son sino colonos desalojados u obreros sin pan y sin trabajo.

En la provincia de Santa Fe hubo hace poco una huelga o levantamiento de agricultores u obreros del campo, y ahora se señala en la Pampa un movimiento parecido. No son huelguistas, nos dicen de la Pampa, sino salteadores. Y de los de Santa Fe ya nos habían dicho lo mismo.

Las explicaciones y clasificaciones cómodas no nos satisfacen. Los desmanes que puedan cometer gentes sin pan y sin trabajo tienen muy distinta significación que las fechorías de los salteadores. Los salteadores no constituyen más que un problema policial. Los hombres sin pan y sin trabajo constituyen un problema mucho más serio.

El país no es responsable del tratamiento que hayan recibido en Chile los colonos u obreros que de allá vengan fugitivos, pero es responsable del que les dé a partir del momento en que ellos transpongan la frontera. No puede tratarlos como a salteadores, sino como a hombres sin pan y sin trabajo. Y de otro modo el país comete un crimen de lesa humanidad, que es necesario que no pese sobre la conciencia de los argentinos.

En cuanto a los levantamientos de Santa Fe y de la Pampa, que llaman tanto más la atención cuanto que vienen ocurriendo desde hace años, tienen una explicación, obedecen a una causa que es necesario subsanar. Su nombre es la miseria de las campañas.

La solución de este problema es el trabajo.

EL CRONISTA SOCIAL

¡Cronista social, ser cronista social! He aquí el compendio de todas las ambiciones, de todos los sueños, de todas las esperanzas, nacidas en el cerebro de cierta clase de parásitos humanos. Y no es para menos. Ser cronista social significa tener resuelto el problema trascendentalísimo de la figuración en sociedad, significa haber alcanzado de golpe y porrazo, como en los cuentos de hadas, el papel, antes soñado y ambicionado como imposible, de factotum social, de personaje que hace y deshace a su antojo, que tiene en sus manos y dirige a su placer los complicados hilillos que mueven las intrigas y pasiones mundanas.

¡Cronista social! Banquetes opulentos, brillantes saraos, luces, música, pecheras irreprochables, escotes encantadores, animación, ruidos y luces otra vez, muchas luces, de colores, blancas, apagadas, etc., etc. ¡He aquí lo que trae a la memoria, a modo de evocación esas dos palabras que separadas no tienen ningún significado trascendental y que juntas son capaces de remover el mundo entero!

No es fácil conseguir el tan codiciado título que sirve de encabezamiento a estas desordenadas líneas. Para ello son menester un sin fin de cualidades que nosotros ¡ay! la mayoría de los míseros mortales no contamos en nuestro haber moral. ¿Cómo hemos de llegar hasta cronista social nosotros, los vulgares, nosotros el estado llano, los que no sabemos, los que nunca hemos sabido comprender la importantísima misión que es necesario llenar para alcanzar el tal título; nosotros que, en razón de nuestro poco aguante, no podríamos sostener el inmenso y delicado a la vez peso de las responsabilidades que el tal título lleva aparejadas? Por estas consideraciones ha sido que se ha formado con la carrera de cronista social idéntica cosa que con ciertos títulos nobiliarios: una casta determinada, que ha ido de generación en generación, desde muy antiguo (desde la noche de los tiempos, quizá), heredando la exclusiva...

Examinemos ahora la tal casta, sus cualidades, sus valores, sus variados y complicados matices. No tratemos, sin embargo, de investigar sus orígenes; ello nos acarrearía una considerable pérdida de tiempo y a más nos marearía en un maremágnum de variaciones pequeñas, sin importancia ninguna para nuestro objeto. Coloquémonos, pues, en los tiempos actuales y veamos al cronista social y su misión delicada en el presente.

El cronista social es, ante todo, un tipo que personalmente no vé ni opina nada; todo lo que vé y observa es con ayuda de lente ajeno, es decir, que posee una envidiable cualidad de asimilación y adaptación de lo extraño, de lo que lo rodea. Recibe incólume todas las vibraciones del medio ambiente sin incomodarse y sufrir ninguna transformación interior. Es decir, que a su rededor todo varía, todo se mueve, todo vibra, la vida se manifiesta en sus múltiples y acostumbrados aspectos; solo él permanece extraño a todo eso; es como un inmenso tronco vacío y solitario, desprovisto de ramas y hojas, que en medio del bosque escucha indiferente el ruido del viento huracanado al pasar por entre el follaje de los árboles vecinos..

Esto es, más o menos, en abstracto, el cronista social. Veamos, ahora, en sociedad. Aquí parece otra cosa. ¿Qué hay una fiesta o sarao en casa de los marqueses de X o en la mansión del opulento industrial Z? Empiezan entonces los movimientos tentaculares del cronista; algunos los hay que se mueven para conseguirse frac, corbata blanca y aun los botines de etiqueta (¡están tan por las nubes las prendas de vestir, ahora en esta época, con la guerra!); otros, menos necesitados, se mueven para conseguir sólo la entrada. Conseguido el objeto de sus movimientos, después de múltiples y repetidos esfuerzos (¡cuántas vueltas, idas y venidas, disgustos y humillaciones para conseguir un frac que venga bien al cuerpo!), el cronista social se halla listo para entrar en funciones. Una vez en el terreno de sus operaciones se rodea de toda la majestad del caso porque sabe que todas o casi todas las miradas convergen hacia él.

Si es amigo de la casa, puede, o mejor dicho, debe ayudar a los dueños a prodigar atenciones a los convidados; en este caso se convierte en hijo o hija (según los temperamentos) de la casa. Si no es amigo, y sólo conoce a los dueños sin mayor intimidad, entonces es cuando puede a su sabor y placer ejercer sus funciones delicadas en toda su extensión. Empieza sus ataques, generalmente, desde la batería de la guardia vieja, es decir, entre la rueda de las mamás, porque nunca falta algún amigo que le haya recomendado entretener a la mamá de alguna niña que se pierde por entre las sombras del jardín con su galán... Llenada tan importante misión, cambia sus objetivos, como se dice ahora en el moderno léxico militar, y se dirige hacia el más numeroso grupo de jóvenes (las mismas, quizá, a quienes atacó despiadadamente desde la guardia vieja). Dicho sea con perdón, la llegada de nuestro conocido produce entre las jóvenes el mismo efecto que el grito del tero entre una bandada de patos salvajes. El grupo oscila, se agranda, se achica alrededor del cronista, brotan exclamaciones aisladas, y el pobre hombre se ve asediado con un sin fin de preguntas sobre las últimas noticias del último escándalo, sobre las incidencias más íntimas del último divorcio. Agotado el tema, porque todo en este mundo se acaba, hasta los temas a los cronistas, aunque parezca ello mentira, alguna propone tímidamente examinar las toilettes, y entonces salen a brillar las verdaderas, las hondas, las magníficas cualidades del cronista social. ¡Ahora sí que está a sus anchas, en su elemento, en su justo medio! ¡Ahora sí que el tema no se agotará, contra lo que hemos dicho anteriormente al respecto! Pero suena la orquesta, enemiga proverbial de nuestro conocido y, el grupo antes atento y obediente, se desgrana para entregarse de lleno a los encantos de la diosa Terpsícore. ¿Qué hace nuestro cronista mientras suena la orquesta? ¿Pierde, acaso, su tiempo divagando o filosofando sobre la fragilidad femenina o sobre la humana condición o sobre otro tema de tanta o parecida importancia? No señor; nuestro hombre hace algo más eficaz y positivo, se dirige hacia el buffet. Perdonémosle esta momentánea debilidad, esta momentánea caída hacia lo humano, porque el pobre, quizá, (a causa de sus múltiples ocupaciones, no hay duda) no ha comido en todo el día... Llenado este renglón, es decir, el estómago, el cronista vuelve a ser lo de antes, mejor aun que antes, porque se siente más fresco, más lozano, más lleno de vida ¡ay, implacable estómago, cómo nos tiranizas!... ¡Y vuelve a sus tareas entre la gente joven, entre la inconstante y frágil juventud de ahora!—tal se expresa a los que quieren oirlo.

Terminado el baile, termina también el cronista, y satisfecho de sí mismo, saboreando íntimamente tal triunfo suyo de aquella noche, tal otro recuerdo de aquella acertada frase con que confundió el orgullo de Fulanito, regresa a su casa, a la madrugada, cayéndosele los párpados de sueño, porque la mañana anterior ha tenido que levantarse temprano para conseguirse tal prenda de vestir. Una vez en su casa, o simplemente, en su cuarto de cualquier pensión barata, el cronista busca en los bolsillos cierto importantísimo documento fruto de su trabajo... ¡Dios mío! ¿Y la lista? ¡Se había olvidado hacer la lista, no había tenido tiempo de hacerla! ¿Cómo salir del paso, ahora? Bah, el cronista no es hombre de ahogarse en un vaso de agua; consulta su colchón, lo palpa en todos sentidos y saca por fin un papel mugriento, arrugado y viejo y lo agita triunfalmente: es otra lista vieja que lo sacará de apuros. ¡De todos modos, siempre es la misma gente la que va a distintos sitios, y con una sola lista el cronista social tiene para toda la vida!...

Carlos E. MANGUDO.

Reconciliación

I

No puedo prescindir de tu sonrisa
y de tu beso y de tu azul mirada;
si no miro mi vida matizada
por tu amor, la locura me esclaviza...

¿Por qué fingir ser fuertes, si lloramos
luego, en la soledad, constantemente,
al quitarnos la máscara que miente
una tranquilidad que no encarnamos?...

¡Enojados nosotros!... Me sonrío
al pensar que es tu enojo y es el mío,
como todos, tormenta pasajera,

nube que pasa sin turbar el cielo,
intervalo de sombras y de hielo
en nuestro amor de Sol y Primavera!...

II

No recuerdes que estamos enojados...,..
y siempre fiel a tu anterior ternura,
para agostar en mi alma la amargura
mírame con tus ojos azulados...

Tu alma, tu corazón no son mezquinos,
¿verdad?... Entonces lo pasado olvida,
y porque cierre por jamás mi herida
bésame con tus labios granadinos...

Nuestro enojo ha durado ya bastante...
Tú no puedes vivir sin que te cante;
yo no puedo cantar sin que me beses.

Tres días hace ya que nada hacemos...
¡Es mejor, adorada, que velemos
un poco más por nuestros intereses!...

José M. Núñez.

¡LADRÓN!

El hambre empezaba a hacer estragos en Portillo. La sequía prolongada había agostado los campos, y, en consecuencia, a la ciudad, no llegaba producto de especie alguna. El ganado, en su mayor parte había también sucumbido a los rigores del tiempo. De trecho en trecho, a la vera de los caminos las osamentas demostraban que la miseria reinaba enseñoreada en la región, antes próspera y feliz.

En Portillo ciudad, aun quedaban en pie algunas quintas donde se cultivaban frutales y verduras, aprovechando con maestría suma la poca cantidad de agua que suministraba el canal que bajaba de la sierra vecina.

La población, acosada por el hambre y sus consiguientes necesidades, emigraba a otros pueblos cercanos, abandonando todo. La desolación, semejante a la escarcha que cubre un pastizal en las madrugadas invernales, se ofrecía a las miradas de los pocos espíritus fuertes o resignados que aún continuaban viviendo en el pueblo.

Lejos de amenguar, la situación hacíase cada vez más crítica. Los alimentos escaseaban en forma tal que, la gente del pueblo, presa de la desesperación, se echó a merodear por las quintas y sitios de cultivo de los alrededores.

Reunióse en consejo el vecindario para poner remedio a la anormalidad reinante, pero, ¡maldito lo que consiguieron remediar al pobrerío! Las autoridades, impasibles como siempre, querían solucionarlo todo a fuerza de decretos y ordenanzas tendientes a abaratarlo todo. ¿Qué habían de conseguirlo, si no había nada, y si lo había, el pequeño comercio de la localidad se encargó de esconderlo, y apenas si vendía tal cual cosa a aquellos que podían pagar un precio alto?

Barranca abajo marchaba todo en Portillo. Se habían dado casos ya de muertes por inanición. La incuria de la autoridad llegada a su colmo, sólo consiguió agriar los ánimos, a tal punto que, el vecindario, previas algunas reuniones, determinó poner fin a la miseria que sufría, conminando a la autoridad a poner remedio al mal, amenazándola, en caso contrario, con el saqueo de los negocios de toda especie.

Anticipando los sucesos, algunos exaltados, dieron golpes de mano en varias casas de comercio. La policía, bien comida, repleta, decidió entonces guardar todos aquellos sitios en los que el hambre del pueblo pudiera cebarse. Su presencia, aunó más las voluntades y, con el arma al brazo, se decidió a repeler las llamadas agresiones a la ajena propiedad.



Entre los que más propalaban el saqueo, se destacaba la figura de un viejo maestro—don Toribio Rosales—enemigo incurable de todos los gobiernos, tipo curioso si los hay, pues sistemáticamente apoyaba todas las revueltas hasta que los revoltosos ganaban el poder, para convertirse al día siguiente en enemigo irreconciliable de aquellos que ayudó el día anterior. De él se decía que era un "santo", capaz de despreciar el cielo, porque allí no podría capitanear un grupo de amotinados.

Fué nuestro don Toribio, mientras el hambre hacía estragos en Portillo, desprendiéndose de todo cuanto tenía; enajenó sus muebles en el Montepío y con el producto hizo venir de fuera suficiente cantidad de víveres para una semana, midiendo más que matemáticamente las raciones; tras de los muebles fueron otros bienes, pero apenas si pasaba de la intención de hacer bien lo que hacía, ante la magnitud de la situación y el avance siniestro del hambre que amenazaba concluir con la población.

Por desgracia, pocos le imitaron; y, los que lo hicieron, a la larga quedaron como él, entregados a la satisfacción de cumplir un deber y a las consecuencias de no encontrar quien les diera a su turno un miserable mendrugo.

Llegó, a ese paso, un día en el que la necesidad le atenaceó el estómago por tal forma, que el buen hombre echó a rodar todos los miramientos sociales y se lanzó á la calle en son de guerra, convertido en un obligado salteador de caminos. ¿Qué más le daba, después de todo, que hablaran mal de él, si no eran capaces de subsistir a sus necesidades, después de haber dado lo suyo para matar o acallar cuando menos el hambre ajena?

A media noche abandonó su habitación, decidido a cualquier contingencia. No tenía qué comer. En las afueras había muchas huertas bien plantadas, cuyos dueños guardaban como oro en paño sus frutos, ante el temor de que la afligente situación continuara por algún tiempo. Hacia ellas se dirigió don Toribio, dispuesto a arrebatar a costa de su vida, aquello que le hiciera falta para alimentar su estómago.

Agazapándose junto a los cercos que daban al camino, llegó a una hermosa quinta, propiedad de un joven político, diputado por el distrito de Portillo al parlamento nacional. Allí había de todo; ningún sitio mejor que aquel para proveerse de cuanto era necesario al buen hombre, a fin de aplacar los gritos del hambre que le acosaba.

Rondó un rato hasta cerciorarse de que no sería sentido y se decidió a dar el golpe. Arrastrándose, pasó bajo el alambrado que cercaba la quinta, y, a tientas, fué buscando el sitio en que encontraría el codiciado manjar; fuera el duraznero, un peral, o cualquier otro fruto del tiempo, que tardaban en sazonar por la falta de lluvia y la escasez de agua de regadío.

Iba el hombre a cosechar el fruto de sus afanes rateriles, cuando un soberbio mastín se le echó encima, dispuesto a destrozarlo de cuatro bocados.

Al verse sorprendido, don Toribio, sacando fuerzas de flaqueza, rodeó con sus manazas el cuello del animal y, desesperadamente, inició con el fornido animal una lucha a muerte.

Una voz humana rompió de repente el jadeante bregar del hombre y la bestia.

—¡Sultán!...

Ladró el perro en medio de la pelea, y, simultáneamente, sonó un disparo.

Hombre y bruto rodaron por el suelo, debatiéndose aún cual si continuaran la lucha empeñada.

Al último gemido de don Toribio, respondió en la tristura de la noche el último aullido de Sultán.

Vuelta la calma, con pasos tardos, apareció un hombre. Empuñaba en la diestra un revólver y sostenía a la altura del pecho una linterna sorda. Era el quintero del joven diputado.

Llegó al sitio en que yacían don Toribio y Sultán; examinó a la luz de la linterna el rostro del intruso muerto en plena comisión del delito y vió, con el asombro y el espanto pintado en los ojos, que había muerto a quien, despreciando lo suyo, le había dado con que alimentarse en más de una ocasión, pues él no podía usar lo que pertenecía a su amo. Su misión era cuidarlo, y nada más.

Cuando llegó el día, todo Portillo sabía que don Toribio Rosales había sido sorprendido robando y, como era justo, lo habían muerto. Al matador le protegía la ley; al muerto le condenaba la moral social. De nada valía su obra humanitaria de llevar a las bocas famélicas de los vecinos de Portillo un pedazo de pan. Sobre su tumba sólo cabía como epitafio una sola palabra: ¡Ladrón!

F. A. YRUROZQUI GARRO.

Dib. por Catalano.

LA PELÍCULA QUE VIMOS LA OTRA NOCHE

Sobre la pantalla han empezado a sucederse las imágenes de un film dramático que tiene conmovido, anhelante, desde la primer escena, al público. Observo tu actitud, amiga, para descifrar lo que pasa en tu espíritu, en esta hora de reposo físico, de olvido de inquietudes, en que hasta la semiobscuridad de la sala y el comentario musical convidan a que nos asomemos, tales como somos íntimamente, al eterno conflicto de la voluntad y el Destino...

La película contiene todos los elementos para despertar y mantener el interés de los espectadores: panoramas pintorescos, palacios suntuosos, gentes del gran mundo, en su vivir elegante y agitado; aspectos de metrópoli, vistas de balneario con pleno sol, y atardeceres poéticos en que se mezclan el verde de las olas, el azul del cielo, el encendido oro solar.

Además de interés para los ojos deslumbrados, hay emoción. No es sólo un paisaje maravilloso ni un desfile animado el que vemos, sino también el drama humano, siempre el mismo desde Prometeo hasta Hamlet y desde el príncipe de Dinamarca hasta el pastor Brand. Habituado a contemplar el espectáculo del mundo a través de esa literatura, los nuevos episodios del biógrafo, de la novela, del poema, de la *prosaica* vida real, apenas si causan en mí una impresión epidérmica, Pero en tus ojos, amiga mía, leo el asombro con que asistes al desarrollo del film. La serenidad de tu mirada no disimula, sino que refleja el angustioso interrogante interior. *¿Por qué?*

A tus labios, más finos y más pálidos esta noche, no habrá llegado, acaso, la pregunta suprema; una pregunta que coloca nuestra frágil arcilla frente a lo absoluto, y que, por dignidad personal, solemos hacerla en momentos de soledad, sustrayéndonos un breve minuto a lo que nos rodea.

En las lejanías del pasado, seres que ignoraban los nerviosismos de los tiempos actuales, pero que sobrellevaban en las espaldas los infortunios de la vida, volvíanse hacia Jehová, exclamando: *¿Por qué?* Y al retornar la mirada triste a la tierra, con resignación, dejaban expresada esta lamentación, recogida para siempre en la sagrada escritura: "¡Vanidad, todo vanidad!"

Tu semblante, amiga mía, acariciado por una llamarada sanguínea, traduce las palpitaciones aceleradas del corazón. Sin necesidad de palabras yo llego a las profundidades de tu pensamiento, para experimentar así intensamente el choque pasional proyectado sobre el lienzo de biógrafo. "*¿Esto es todo?*, inquieres. *¿A esto se reduce todo?*... Tu fe religiosa tal vez ha respondido victoriosamente, de súbito: "*Todo esto es para alcanzar lo del más allá*"...

Los episodios siguen unos a otros, fulminantes; el encuentro de los rivales en duelo, presenciado por la hermosa dama desde su automóvil; en seguida la enfermedad y la ceguera de uno de los amantes, luego el dualismo sentimental de ella, yendo del galán afortunado al pobre inválido, que suplica por todo bien oir "la dulzura de su voz" y que, conseguido todo, la piedad y el amor, acaba hundiéndole en el pecho a la mujer idolatrada el estileto de Luchessi.

En los protagonistas del film hay una inmensa ansiedad; viven con los nervios en tensión, dominados por un deseo afiebrado que se va exaltando más y más y que no podrá saciarse nunca: es una especie de predisposición para el drama. Dolores y goces, acontecimientos graves y frivolidades, todo adquiere en ellos carácter dramático; juguetes del Destino cuyos resortes e hilos parecen movidos por los antiguos dioses burlones.

El desenlace de la película levanta en nuestros adentros un grito de protesta. Ese ciego que mata porque no "*ve*" su felicidad es ciertamente un loco que habría que recluir en una celda de manicomio. En un instante de epilepsia destruye el único bien que posee en la tierra, renunciando a una dicha que no recuperará más.

He ahí, nos decimos, un ser enfermo que no merecía haber nacido. Y como contraste de este Otelo de cinematógrafo, aparécenos resplandeciente de luz "ella", tan flexible, amorosa y suave, embellecida por la muerte como antes lo estuviera por las violencias de la pasión y por la cristiana piedad.

¿Qué pensar de todo eso, amiga mía? La moraleja, o el símbolo, para mí, es esa misma mujercita que ha cruzado por la pantalla la otra noche, esparciendo gracia, caricias, sentimiento, y que cae, como la sublime muñeca ibseniana *Nora*, incomprendida, desolada su alma, en la inutilidad de su sacrificio.

FEDERICO QUEVEDO HIJOSA.

La luz y los gusanos de seda

La luz de color ejerce sobre los animales, lo mismo que sobre las plantas, efectos notables.

Gal ha hecho recientemente experimentos sobre gusanos de seda, metidos en seis cajas que respectivamente recibían la luz por cristales color de violeta, rojo, amarillo, blanco, por una hoja de mica, y la sexta tapada con un cartón opaco. En cada una de las seis cajas puso quince gusanos al final de la tercera muda, después de haberlos pesado cuidadosamente.

En quince días los gusanos aumentaron de peso en la siguiente proporción: los sometidos a la influencia de la luz violada, 13,66 gramos; los de la luz roja, 12,78 gramos; los de la luz amarilla, 13,32 gramos; los de la luz blanca, 12,84 gramos; los de la tapa de mica, 12,82 gramos y los metidos en la caja obscura, 11,03 gramos.

Se ve, por lo tanto, que la luz violada fué la que dió el resultado más favorable, y la obscuridad la que retrasó más el crecimiento de los gusanos.

Después de pesarlos, Gal volvió a meter los gusanos en sus cajas, donde hicieron su capullo todos menos uno de los que había en la obscuridad, otro de los que había en la caja con tapa de mica, y tres de los que estaban sometidos a la luz amarilla, los cuales cinco murieron.

Pesados los capullos, dieron las siguientes cifras: los de la luz violada, 30,72 gramos; roja, 29,90; amarilla, 26,95; blanca, 30,35; los tapados con mica, 30,80 y los que estaban en la obscuridad, 20,15 gramos.

La luz violada continuó siendo favorable, y la obscuridad desfavorable.

Los "wighs" y los "torys"

Hablábase un día delante de Luis XV de los partidos políticos ingleses conservadores y liberales, los *torys* y los *wighs*, y el rey le dijo al señor de Vergennes:

—Hacedme el favor de explicarme la diferencia que hay entre un *wigh* y un *tory* en Inglaterra.

—La diferencia es muy clara, señor—contestó el ministro:—los *torys* son *wighs* cuando están en la oposición, y los *wighs* son *torys* cuando están en el poder.

CHARLA FEMENINA

Hace algunos meses, leyendo un libro de un escritor argentino, encontré un capítulo en el cual se evocaba la época aquella en que no se consentía a las niñas cruzar la pierna delante de los extraños, lo mismo en el carruaje, que en la sala, en los teatros y en los bancos del paseo.

"El mundo marcha" y con él las costumbres. La moda no sólo se relaciona con el traje, sino también con las maneras. No sé si la evolución de los hábitos se debe a la evolución consecuente del traje, o viceversa; o si, lo que es más probable, ambas se realizaron simultáneas e independientes. Lo que no admite duda es que nuestras abuelas del año 60, vestidas a la usanza de la época, no podían moverse con la misma agilidad y tener las mismas actitudes que sus descendientes de ahora, vestidas "au dernier cri".

La moda implica gestos nuevos, otra manera de andar y hasta otro modo de sentir. El romanticismo del tiempo de las cinturas de avispas haría sonreír a la más romántica de nuestras lectoras que hayan visto bailar a Isidora Duncan o a los bailarines rusos.

Entiendo, sin embargo, que se puede haber visto a tales artistas, y no cruzar las piernas en público, mostrándolas hasta la rodilla. Pero ello no implica querer dar una opinión insospechable sobre las costumbres permitidas y consagradas por la educación moderna. Hace 30 años una joven que cruzara las piernas en una sala, habría cometido una acción condenable que la expondría a las censuras de todas las personas presentes. Hoy, sin embargo, es vulgar esa actitud que de inmoral pasó a la categoría de elegante, y no hay quien no vea a diario esa actitud adoptada por la dama o la niña más honesta y más finamente educada. Bien sé que una fina educación no siempre es una buena educación; pero las palabras también evolucionan con las modas y las costumbres.

Es verdad que nosotras debemos ser indulgentes para los pecados de la "coquetería". Queda para los hombres esa severidad, que a veces la dicta el egoísmo. Hasta la anciana que evoque su juventud, a menos que no tenga el alma amargada por la envidia, será siempre complaciente con esos pecados veniales de su sexo.

Pero la honestidad marca a la gracia un límite, el cual no la deja transponer los lindes del pudor. La niña de otros tiempos no tenía fuera del hogar modelos para sus actitudes. La escuela familiar imprimía le un carácter que se transmitía de madres a hijas con las únicas variantes del temperamento y del medio. Actualmente, el teatro, el cinematógrafo y las revistas de modas extranjeras multiplican ante el talento imitativo de la mujer los modelos más excéntricos y audaces. Y yo creo que esos tres grandes sugestionadores son los que han influído directamente en la transformación de las costumbres femeninas. Fascinada por la novedad y por la belleza de las actitudes, la niña de familia imita el caminar de las heroínas del cinema, de las Bertini y de las Theda Bara; el peinado de las Valeska Surath y de las Lidia Borelli; la gesticulación y las *toilettes* de las actrices parisienses.

Innegablemente, esto es una imitación absurda, porque lo que le sienta bien a una Borelli puede quedar pésimamente a una doncella. Pero la culpa es sólo en parte de la mujer, creada en un medio donde ciertos hábitos han concluído por confundir de tal modo las clases sociales, que se hace difícil averiguar dónde comienzan y acaban los derechos y los aspectos externos de cada una.

En resumen: yo no puedo ni debo considerar inmoral la actitud de una joven que cruza la pierna en una sala, dejando entrever lo que los vestidos deben ocultar. Lo que torna inmoral tal actitud es la intención de atraer la atención y la conciencia de un acto culpable. El nivel moral de nuestro medio ambiente no permite que una joven proceda con esa imprudencia. Entre nosotros, la mujer conserva aún un prestigio casi exclusivamente sexual que le enajena el respeto escrupuloso del hombre. Muchas cosas que una joven americana, sueca o dinamarquesa puede hacer sin peligro, les están prohibidas a nuestras niñas, desde que ellas las arriesgaría a peligros incesantes e irreparables.

No puedo ocultar la simpatía que me inspiran ciertas libertades conquistadas por la mujer moderna, y la alegría con que contemplo en la yanqui un ejemplar casi perfecto de emancipación a tantos preconceptos humillantes. Pero reconozco la imposibilidad manifiesta de indicarlas como modelos a mis lectoras, ya que tan enormes son la diferencia de educación y de raza, y tan grandes las diversidades del ambiente social en que viven estas dos mujeres: la americana del norte y la del sur. Esperemos que las costumbres se reformen gradualmente en el sentido de permitir a la mujer latina participar de los mismos privilegios de las mujeres anglosajonas y escandinavas.

Mientras los hombres nos consideren como objetos decorativos y de reproducción, es indispensable que la mujer se siga defendiendo con el recato antiguo y no quiebre con sus propias manos el escudo del decoro que la preserva de las profanaciones y de los atentados que la degradan y envilecen.

Reconozco sinceramente que la educación moderna, que hace de la mujer un ser con autonomía y que la asocia más íntimamente a la vida exterior, de modo alguno es incompatible con la virtud. El hábito no hace a la monja. Bajo una apariencia púdica puede ocultarse un temperamento vicioso; y no es la libertad, sino el mal uso de la libertad lo que constituye el peligro de la mujer, reducida a las condiciones de ser un ente obligado a una eterna actitud defensiva.

Mostrar las piernas hasta las rodillas, en los actuales tiempos en que tan cortos se usan los vestidos, no constituye una mayor inmoralidad que la de mostrar los brazos y el cuello en un escote de teatro o de baile; sin embargo, los pensamientos inmorales que esa exhibición puede inspirar imponen a una niña el deber de evitarlos. La elegancia, por otra parte, no consiste en tomar como modelos a las heroínas del cinematógrafo, ni en copiar las maneras de ciertas actrices y las actitudes de los maniquíes de las casas de la "Rue de la Paix". La distinción femenina requiere, por el contrario, la discreción y el esmero, el recato y la nobleza física de las maneras, que son el fiel reflejo de la nobleza de sentimientos.

Esa distinción, desde luego, no excluye la alegría, aunque en esas manifestaciones hay gradaciones sutiles que es necesario aprender. El abuso del *maquillage*, la extravagancia en el gesto y el exotismo de la *toilette* son otras tantas manifestaciones de una falsa elegancia que denotan la perversión del instinto de la belleza.

Que una joven pueda montar a caballo, nadar, bailar, conversar con los jóvenes de su edad sin que pierda nada de su candor, es una cosa que sería absurdo negar. Lo que sí, es necesario que al practicar tales actos no se olvide de su condición y no se deje seducir por el apetito perverso de parecer una actriz o de pasar por una liviana. La honra de una mujer se mide por el respeto que le tributan. Y cada mujer, en cualquier edad, tiene el deber de hacerse respetar.

IRACEMA.

Dicen que sólo se riega
con lágrimas el rosal,
y sé que a menudo os llama,
señora. ¿Por qué será?

BERNARDINO L. DUARTE.

Amarga verdad

Quise saber si me querías tanto
como te quiero yo, y para saberlo
encargué a tus amigas te dijeran
de que me había muerto.

Tú creíste verdad lo que tan solo
era un engaño artero,
y en lugar de llorar y ensimismarte
en un dolor secreto,
te sentiste feliz, y sonreíste
dándole gracias, por mi muerte, al cielo.

Cuando supe verdad tan dolorosa,
tuve el remordimiento
de no haber muerto en el instante, cuando
hice decirte que me había muerto!

JOSÉ M. BRAÑA.

El loco del rosal

"¡Rosas, rosas, lindas rosas!"
Pregonando un loco va
por oscuras callejuelas
de abandonado arrabal.
Aquel pregón, de las gentes
mueve la curiosidad,
y es el ramo asaz hermoso,
y el loco, muy loco está.

Apenas apunta el alba,
ya en su florido rosal,
por coger rosas el loco
se vuelve loco de atar;
cada espina es un verdugo
que le hiere sin piedad;
pero está de Dios que el loco
no ceja en su loco afán.

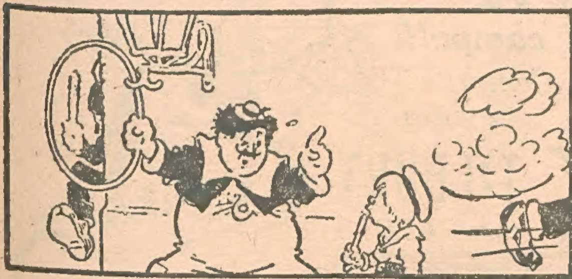
"¡Rosas, rosas, lindas rosas!",
va gritando sin cesar,
y en el primoroso ramo
sus ojos fijos están.
Y siempre un mismo camino
recorre desde el rosal,
y ante una misma ventana
se yergue con majestad.

¿Sueña? ¿Medita? ¿Qué extraño
sol le ilumina fugaz?
¿Por qué tiene esa ventana
para él atracción de imán?
¿Qué ojos le miran amantes
de las persianas detrás?
¿Qué labios susurran besos
que el loco, más loco está?

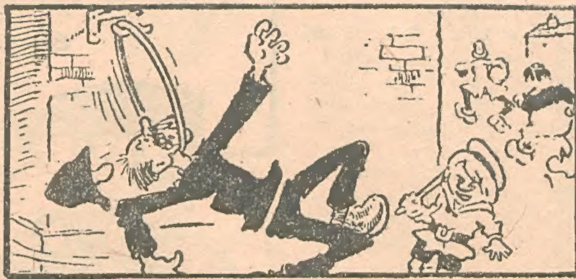
Sobre la ventana llueven
rosas, más rosas y más,
y entre delirantes besos,
el dolor de un madrigal
desgrana del pobre loco
sobre la escuálida faz
lágrimas que son reproches
y a la vez hacen llorar.

Y ya camino del huerto
va a bendecir su rosal,
para que al día siguiente
le dé más rosas y más.

LA AVENTURA DE LAS BANDERITAS



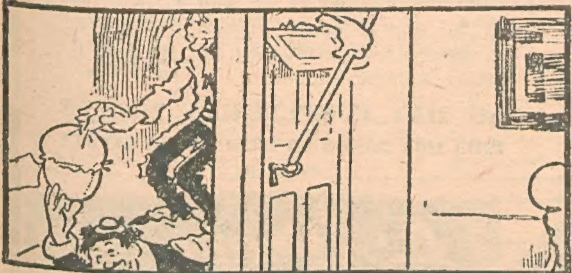
"Préstame ese aro", dijo Mantecoso a un pibe, mientras colgaba el juguete del chico de un farol. Cabritilla, a todo eso, huía como el demonio con una torta "caloteada".



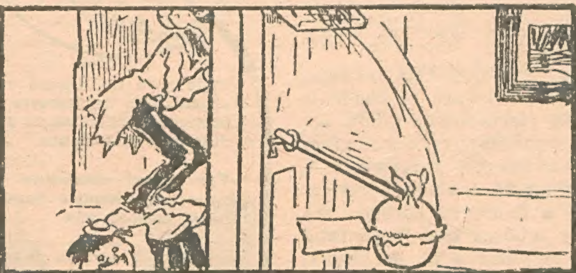
El aro colgado no tenía otro objeto que detener al "botón" que lo perseguía, y a fe que cumplió con su misión, pues al doblar el chafe la esquina, se metió de cabeza en el aro y casi se desnuca.



A fin de ponerse en salvo, nuestros amigos se metieron en una casa, y juzgando limpio el campo, imaginaron un modo original para abrir la puerta que estaba cerrada por dentro.



Introdujo el flaco un bastón por la banderola y enchufó el regatón en el aro de la llave. Luego, Mantecoso, que servía de banquito, le alcanzó la torta...



... que el flaco colgó del mango del bastón. La torta, al caer, ejerció la presión suficiente para que el bastón hiciese girar la llave, con gran satisfacción de nuestros amigos.



No bien hubieron penetrado en la habitación, sintieron voces y pasos, corriendo a ocultarse detrás de un mapa de pared para no ser descubiertos.



Entraron, en efecto, dos caballeros, uno de ellos militar a juzgar por el uniforme, y el otro conduciendo una caja con banderitas.



"Le explicaré cómo ganó Foch la guerra", dijo el militar, y empezó a clavar las banderitas para hacer más comprensible su explicación.



Mantecoso y Cabritilla, acribillados a alfilerazos, optaron por salir de su escondite y rendirse incondicionalmente, invocando, al mismo tiempo, la generosidad de sus aprehensores.

EL DESPERTAR DE EUNICE

¿Quién es Eunice? Es una moderna cortesana que anoche soñó con Thaïs. La víspera asistió a su representación en el teatro; había visto a Pafnucio, había oído hablar al filósofo de la obra de France, y un torbellino de pensamientos se apoderó de su mente. Pero Eunice es una cortesana; por lo tanto dirán algunos, incapaz de pensar. ¿Acaso pensó Thaïs en su conversión? Thaïs no oyó las palabras de Pafnucio, sólo la llevó a él el sensualismo de su alma.

El sensualismo es el amor a lo desconocido, es el deseo que vehemente empuja hacia el arcano, es el deseo que se adueñó del alma de Thaïs, la diosa de carne de los paganos de Alejandría. El asceta le descubrió sus pensamientos, le enseñó su cilicio y el alma de la cortesana tembló ante la idea.

El monje se propuso reformar a aquella hermosa criatura que prodigaba besos, que bebía junta a otra boca el líquido embriagante de las ánforas de oro, y fué el monje quien bebió la lujuria de ese vino.

En su alma se colaron los demonios que murmuraban a su oído, allá en el desierto, los cantos de la carne. El fué quien vió ante sus ojos, impregnados de terror, la imagen de Thaïs; él fué quien oyó las voces de los espíritus dañinos azuzando a su alma; él fué quien construyó la columna gigantesca para libertarse en el aire de los demonios de la tierra, y él fué quien besó con sus labios impúdicos la boca fresca de la cortesana convertida en santa.

¿Por qué atraía a Thaïs el humo del incienso y las ceremonias del culto?

¿Quién era el que llevaba a Pafnucio el amor a la carne, el deseo cabalgando en su alma, hinchando sus venas, brillando en sus ojos?

Es que él era el sensualista espiritual que nunca había probado los goces terrenos, y ella era la sensualista material que nunca había alimentado a su alma con la fe en el misterio.

Mientras los labios de Pafnucio hacían entrar a Thaïs en la obscuridad, en lo desconocido y haciéndole adivinar lo que había detrás de esa puerta que oculta lo impenetrable, sus ojos se nublaban, el sensualismo material arañaba la fe de su alma.

Y el choque se produjo. Ella buscaba con ansias algo que llenara el vacío de su corazón. Eso ciertamente debía ser amor, pero no amor impuro, no el amor que embrutece al hombre y rebaja a la mujer; aquel amor lo conocía demasiado. Lo que iba a llenar su corazón era ese nuevo amor místico que le pintaba Pafnucio. Era el amor a un ser inmaterial, era el amor a un ídolo, era arrancar su hermosura y enlirla al hombre-dios que preside nuestros destinos impenetrables; era tornar pútrido al cuerpo y entibiar al alma con el calor del placer ignorado. Hubiera podido ser el amor de un ascodrayita venerando a un pellejo inflado, pues al fin era un amor distinto del que había poseído ella.

¿Y todo eso no es sensualismo?

El monje pasó junto a la belleza del cuerpo de Thaïs y no pudo deshacerse de ella.

El deseo fué más fuerte que su miedo. Sus plegarias dejaron de ser tales para convertirse en otras tantas blasfemias.

Pafnucio dió a Thaïs sus alas y ella se elevó.

Thaïs dió a Pafnucio los hierros que ataban sus tobillos y Pafnucio desapareció en la negra noche del deseo. Thaïs le arrancó de su alma la fe y con ella se vistió de lirio.

Todo esto fué lo que Eunice soñó aquella noche y, desperezándose deliciosamente, murmuró lentas estas palabras en medio de una sonrisa excitante que plegó sus labios:

—¡Qué tonta que fué Thaïs! Si Pafnucio viviera, yo quizá le amara...

Raúl PUETA.

Un club en la selva

Hoy apenas existe profesión que no tenga su correspondiente club o centro de reunión. Los cazadores de fieras no lo tenían por la incompatibilidad del deporte con la vida de casino, pero ya se ha resuelto la cuestión de un modo muy sencillo, con gran contentamiento de Mr. Selous, el celebérrimo Nemrod inglés, que se pasa la mayor parte de su vida en las selvas, sin gozar de las delicias del club.

La nueva institución se denomina Ju-Ja Club. Ju-Ja es una vasta posesión, situada en el corazón del Africa oriental inglesa, que cubre una extensión de 25.000 hectáreas de terreno, con más de setenta y cinco kilómetros de ríos y tres cataratas. Su propietario, el sportsman yanqui Mr. William M. Mc Millan, ha concebido la idea de convertir dicha finca en un club de cazadores, porque el terreno está materialmente plagado de caza de todas clases. En Ju-Ja hay estación telegráfica, estafeta de correos, almacenes y una fábrica de electricidad. Puede asegurarse sin exageración que allí se puede estar cazando elefantes con una mano, y telegrafiando a París con la otra.

Además de todas estas comodidades, los cazadores pueden dedicarse a su deporte favorito con toda libertad, y sin temor a multas, puesto que cazan en un coto particular, donde no puede entrometerse ningún reyezuelo indígena ni ninguna autoridad europea.

El Ju-Ja Club tiene por patrón a un dios nada menos. Los indígenas del oeste de Africa reconocen dos deidades: Ju-Ju y Ju-Ja. Ju-Ju es el dios bueno y Ju-Ja el dios malo, o como si dijéramos el diablo indígena. En una ocasión que Mc Millan estuvo en esta región, logró hacerse con una feísima imagen de este diablejo, y a pesar de la influencia nefasta que se le atribuye, dió su nombre a la finca.

El orden es la armonía de funciones entre cosas que se relacionan; la proporción en el conjunto; la razón de las relaciones de los seres; el método para aprender.

La consideración es la recompensa del bien que hace la virtud; es la estimación que la virtud lleva consigo; el atavío y la defensa de los hombres de bien.

La adulación es un lenguaje que se dirige a agradar sin cuidarse del bien; es una inclinación excesiva a hablar de los demás para agradarles.

El Estado es el territorio ocupado por gran número de hombres que profesan las mismas ideas; una reunión de hombres sometidos a las mismas leyes.

La medida es el término medio entre lo mucho y lo muy poco, lo que exactamente basta. Lo moderado es el término medio entre el exceso y el defecto.

El bien es la causa de la conservación de las cosas; la causa de todo lo que conviene; la causa por la cual se deben preferir ciertas cosas.

EL CUENTO DEL PATRONCITO



Poco faltaba para el mediodía cuando Rogelio regresó de su excursión cinegética.

Como la caza había sido abundante y llevaba el morral repleto de perdices, patos y becasinas, llegó el mozo a las casas rebosando contento.

Al penetrar en el galpón, aceptó el "cimarrón" que le ofertara un peoncito y dijo, exponiendo con orgullo las piezas:

—Vean... un pato policromado, como nunca ninguno de ustedes trajo...

—Dejuro, — respondió el viejo capataz don Camilo,—esos patos andan entre los sarandises, en lo más fiero 'el bañao y pa cazarlos carece dentrar.

—¡Y se entra!

—Sí; se dentra cuando se tienen güenas botas impreñables, como las suyas; pero con alpargatas o de pata en el suelo, no es el hijo 'e mi madre que diba a descoyuntarse un dedo p'agarrar un pato 'e laguna, que pa mí vale menos que la pior achura de un novillo...

—Eso porque ustedes no tienen educado el paladar—bromeó Rogelio.

Y el viejo:

—A la fija. ¡Si ni los sesos tenemo educaos nosotros!...

—¡Vean lo qu'es la cevilisación!—mentó un peoncito.—Aura hasta el paladar tiene que dir a la escuela!...

—¿Y te extraña?... ¿No sabes que hoy hasta para los perros hay escuelas?

—Eso se... Yo vide una vez en el pueblo unos perros que los habían enseñao pa prebistas, y daba gusto verlos dando güeltas de carnero y saltos mortales, mesmo como si juesen cristianos!...

—Eso no es nada: ahora se les enseña a hablar.

—¡Esa es bola, patroncito!

—Es la pura verdad. Sin ir más lejos, les voy a contar el caso de un perro que tuve. Era un fox-terrier de pura sangre, inteligentísimo, Yo, previendo su capacidad y seguro de que con el tiempo habría de superar en elocuencia a alguno de mis colegas en la cámara, le puse por nombre "Castelar"...

—¿Uno que supo tener pulpería en Mal Abrigo?... Yo lo conocí.

—No seas bárbaro: Castelar fué el primer orador del mundo.

—¡Ah! entonces no es el mesmo, porque el que yo conocí era bastante tupido.

—Como vos... Bueno, algún día les voy a contar lo que me pasó con "Castelar".

—¡Cuenta ahora mesmo, patroncito! —rogó uno de los peones.

Rogelio no se hizo de rogar. Hijo mayor del rico estanciero don Abelardo Berreta, abogado y miembro de la cámara de diputados, difícilmente dejaba pasar las vacaciones sin una estada más o menos larga en su estancia; pues, sin contar los atractivos de la caza, su deporte favorito, gustábanle al extremo las pintorescas pláticas de los paisanos en las tertulias del fogón.

—Pues bien — empezó: — cuando mi "Castelar" tuvo la edad requerida, lo puse de pupilo en una escuela de perros, que hacía poco había fundado en Buenos Aires un notable profesor japonés, llamado Nikó Kogá.

El profesor lo examinó y me dijo que era un perro muy inteligente y que si se aplicaba iba a resultar una gran cosa.

Tres meses después fuí a visitarlo, y en cuanto lo llevaron a mi presencia, corrió, saltó a mis faldas, me dió la mano y empezó a hablarme.

—¿A hablar de verdá?—preguntó incrédulo el capataz.

—Como lo oyen.

—¿Y qué le dijo, patroncito?

—Van a ver. Yo no le entendí y le pregunté al profesor Nikó Kogá, quien me explicó:

—Le ha dicho: Buenos días, patroncito... ¿Cómo están los viejos?

Yo respondí que no había entendido ni medio, y el maestro me dijo que era debido a que "Castelar", si bien hablaba ya, todavía pronunciaba muy mal, pero que al cabo de unos tres meses más hablaría correctísimamente.

Regresé a la escuela en el término indicado, y al preguntar por mi perro, el profesor dijo restregándose las manos con aire de satisfacción:

—¡Muy bien!... Un talento Castelar. Voy a llamarlo.

Apenas me vió el cachorro se vino como un loco y empezó a acariciarme y a hablar, hablar, hablar!... Pero yo no entendía nada, y así se lo dije al doctor Nikó Kogá, quien me replicó extrañado:

—¿Cómo puede ser que no comprenda? Le está echando un magnífico discurso de bienvenida y de agradecimiento.

—Pues, no mangio nada—dije.

El profesor, perplejo, se rascó la mollera y preguntóme:

—¿Dígame, señor, usted no comprende el japonés?

—¡Ni papa!

—¡Entonces, es claro!... Yo me había olvidado decirle que a todos los alumnos les enseñamos a hablar solamente en japonés!...

Y resultó,—concluyó el patroncito,—que tuve que deshacerme del perro, porque, como ni uno ni otro nos entendíamos, nos peleábamos continuamente.

En ese momento llegó una chinita anunciando que el almuerzo estaba pronto.

—Voy—dijo Rogelio, y partió dejando a su auditorio mudo de asombro.

—¡Parece mentira!—exclamó uno de los peones; y el viejo don Camilo, famoso contador de cuentos a base de mentiras de grueso calibre, expresó con pesadumbre:

—¡Es al ñudo!... Los dotores nos la llevan ganada siempre... ¡Hasta pa mentir nos dejan chiquitos!...

Javier de VIANA.

Dib. por Martínez Jerez.

La opinión es una hipótesis que puede ser destruida por la razón; un movimiento precipitado de la inteligencia; un pensamiento respecto del cual la razón demuestra lo verdadero y lo falso.

La ciencia es una afirmación del espíritu conforme a la razón; el arte de juzgar sobre una o varias materias sin apartarse de las leyes de la razón; una doctrina verdadera y fundada en los principios de la razón.

La filosofía es la investigación de la ciencia de lo que es eterno; la ciencia de la naturaleza y de los caracteres de la verdad; la dirección del alma según las leyes de la razón.

La filantropía es un rasgo de carácter que nos inclina a complacernos con el amor de nuestros semejantes; la costumbre de hacer el bien a los hombres; una disposición natural a favorecer; la memoria de los beneficios.

LA CUESTIÓN AGRARIA

La guerra al latifundio

Hemos visto en nuestro artículo anterior, a la luz de cifras muy elocuentes, cómo la imposición progresiva al suelo es una medida eficiente en el combate contra el latifundio, esa "peste social", como lo calificara Reeves. En Nueva Zelandia, solamente, después de catorce años de vigencia del impuesto (1906), pasaba de 1.600.000 hectáreas la superficie en que, merced al tributo, se había reducido la extensión ocupada por los latifundios superiores a 4.000 hectáreas.

La tierra se grava en Australia tanto por el Estado Federal (con una tasa que llega hasta 7 peniques por libra esterlina), como por los Estados y los municipios. En Nueva Zelandia alcanzan casi a un centenar las comunas que sacan sus recursos preferentemente del valor no ganado del suelo.

La fuerte lucha sostenida contra el latifundio ha llevado a aquellas dos colonias inglesas a sentar el principio de que el Estado puede apropiarse—previa indemnización de sus dueños—de los latifundios cuya subdivisión considere conveniente. Todos los Estados dedican una partida del presupuesto a este fin. Queesland, el menos radical, invierte en esta operación más de un millón de pesos anuales. Los latifundios, fraccionados en numerosos lotes, son entregados con facilidades de pago a agricultores auténticos.

A pesar de todo, existen propietarios que se mantienen reacios a la fragmentación de sus latifundios. La valorización del suelo compensa con exceso lo que deben pagar en concepto de impuesto progresivo.

El Estado, lejos de amilanarse ante semejante conducta, redobla sus energías. Así es como Nueva Zelandia, sembrada hace tres décadas por enormes latifundios, cuenta en la actualidad con un 82 por ciento de propiedades menores de ciento veinte hectáreas. Ha aumentado tres veces la tasa del impuesto, la última vez en un 50 por ciento con motivo de la guerra. El pueblo abriga el firme propósito de rescatar el 18 por ciento de grandes propiedades que aun subsisten, fraccionándolas. Con ese objeto se habían planeado varias iniciativas antes de la intervención del país en la carnicería mundial. Era intención manifiesta del jefe del ministerio el imponer a los grandes propietarios una tributación tan onerosa que se vieran forzados ineludiblemente a desprenderse de esos latifundios.

Cabe preguntar: ¿por qué se libra ese combate sin tregua contra la gran propiedad en Australia y Nueva Zelandia? ¿Por qué ese ferviente deseo de eliminarla totalmente? Australianos y neozelandeses se han impuesto de los múltiples inconvenientes acarreados por el latifundismo y lo consideran como el más serio obstáculo al desenvolvimiento progresivo de un pueblo joven. Además influye decisivamente, según un estudioso europeo que ha visitado aquellas colonias, una delicada convicción de orden ético: la de que el hombre que, como el latifundista, no trabaja con su propio cerebro o con sus propias manos es un parásito social, acreedor, por ende, al desconcepto público. ¡Cuánta diferencia con nuestro país, donde el latifundista es un señor casi omnipotente, dueño del más seguro título para escalar las altas posiciones públicas, con mayor motivo si carece de talento, de ilustración y de capacidad!

Hay algo más. A raíz de la formidable crisis de 1890, Australasia se transformó en un fecundo campo de experimentación social y agraria. Allí se llevaron a la práctica con intrépido ánimo iniciativas cuyo solo enunciado llenaban de espanto a las clases gobernantes de los restantes países.

En materia agraria se ensayó, entre otros, el sistema de las "villas comunistas", cuyo funcionamiento analizaremos en otra ocasión.

En la actualidad rige el sistema de las ventas limitadas de tierra por el Estado o bien el de arrendamiento de la tierra pública por 10, 25, 50, 99 y 999 años mediante el pago del 4 o 5 por ciento del valor del suelo. Por ley de 1908 Nueva Zelandia limita a 640 acres de tierra de primera calidad, 2.000 acres de segunda calidad y 5.000 de tercera calidad las concesiones en arrendamiento de sus tierras. El gobierno facilita el acceso al suelo haciendo préstamos en efectivo a un interés módico, especialmente a las personas que tienen pocas entradas, préstamos que, por lo general, no pasan de 4.000 pesos y que en casos excepcionales llegaron a 35.000.

Llamará justamente la atención que la tierra pública se arriende a 50, 99 y hasta 999 años, sin concederse su posesión definitiva. Obedece esto a un principio teórico muy digno de tenerse en cuenta y que entre nosotros, a pesar de la tesis que sanciona, tan aplicable en un país donde no obstante el sistemático saqueo de las tierras públicas, aún restan grandes extensiones en manos del Estado, no se ha concretado en ningún proyecto legislativo. Nos referimos al principio de que la tierra pertenece a la colectividad, postulado socialista que sirve de base al georgismo, doctrina que se ha difundido extraordinariamente en aquellos países a los cuales se trasladara, con fines proselitistas, George en persona, e informa la previsora disposición mencionada. Cierto es que ni australianos y neozelandeses ni el mismo George han extraído de ese principio todas las consecuencias posibles, como están haciendo los rusos. Pero incuestionablemente han dado, al sancionarlo, un grande y memorable paso. Ese principio apareció en la legislación agraria que nuestra república dictara en 1826, bajo los auspicios de Rivadavia. Desgraciadamente no persistió y las tierras del pueblo han sido ignominiosamente dilapidadas.

Mientras de esa suerte problemas sensiblemente análogos a los nuestros son resueltamente abordados por otros países; mientras combaten con éxito el latifundio y resuelven la grave cuestión agraria, nosotros dejamos que corra el tiempo sin hacer nada, permitiendo que los problemas se compliquen y los sufrimientos se agraven. Luego, cuando tantas injusticias secularmente sedimentadas estallan convulsivamente, en lugar de acudir un busca de la recóndita raíz del mal, se creerá resolver expeditivamente la cuestión social masacrando obreros y condecorando o ascendiendo a los masacradores.

Alberto PALCOS.

Almanaque rural para Enero

Chacra.—Concluir la cosecha del trigo y de la avena.—Cosechar el mijo y el sorgo, si no se ha hecho ya en diciembre.—Concluir la cosecha de papas.—Principiar la cosecha del algodón.—Continuar la cosecha del tabaco.—Guadañar la alfalfa, el trébol común y demás forrajes.—Sembrar las papas de la segunda cosecha.—Aporcar el maíz de la última siembra.—Carpir la mandioca y las remolachas.—Carpir y aporcar el maní.

Huerta. — Regar copiosamente de noche para conservar la humedad de la tierra.—Aporcar el apio.—Preparar los canteros desocupados para sembrarlos oportunamente.—Sembrar espinacas, nabos, zanahorias, remolachas, cebollas de verdeo.—Cada 15 días se sembrarán lechugas y rabanitos.—Sembrar en almácigo coles, repollos y coliflor.—Cosechar los ajos y las cebollas.

Jardín.—Arrancar las plantas desfloridas y reemplazarlas por otras de hojas de adorno.—Trasplantar los florales de otoño.—Dividir para multiplicarlas, las matas de primavera.—Acodar los claveles.—Plantar los gajos de geranios y pelargonios.—Sacar los bulbos que todavía queden en tierra para conservarlos en un local seco.—Sembrar de asiento: flor de nieve, amapola, resedá, espuela de caballero, virreinas.—Seguir las escardas y los riegos.



Fania Marinoff, bella artista norteamericana



Theda Bara, interpretando el papel de Salomé



Francis Ford, popular figura del cine



Margaret Mower, de la escena neoyorquina





J. Warren Kerrigan, intérprete de películas

Helen Westley, interesante artista anglosajona

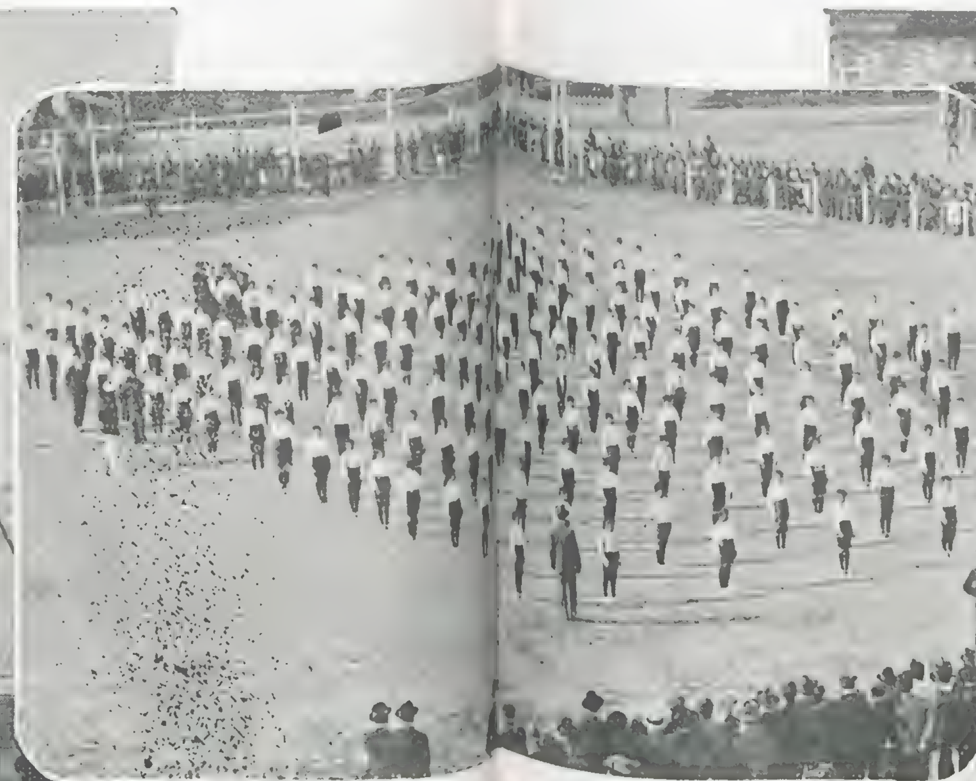
CÓMO SE OCUPAN EN EL URUGUAY DE LA EDUCACIÓN FÍSICA DE LOS NIÑOS.—LAS PLAZAS DE DEPORTES DE MONTEVIDEO







Un rincón de la plaza N.º 1.—En esta, como en todas, juegan los niños gratuitamente y con mucho orden.



Ejercicios de conjunto bajo [illegible] de un profesor de gimnasia.



Gimnasia para niñas en la plaza de deportes de "Las Piedras".



Cunitas y hamacas para bebés en la plaza de deportes N.º 4.



Niñas jugando [illegible] en la plaza N.º 3.



Niñas jugando a la carrera de papas en la plaza de deportes N.º 2.



La escalera horizontal.



Ejercicios gimnásticos [illegible] ante el profesor.



Todos los niños de Montevideo gozan gratuitamente de estas plazas, distribuidas en gran número por la ciudad toda.



Fots. Adami.

ROSARIO



Concurrentes a la fiesta organizada en el Savoy Hotel, por la colectividad escocesa, a beneficio del "London Shottish Territorial Memorial Fund"



Asistentes a la velada organizada por el Centro Asturiano

Fots. Martín.

CHILE



Un incidente callejero durante la reciente huelga de tranviarios



Tranvías eléctricos abandonados por los huelguistas en la vía pública.



Personas que asistieron a la fiesta con que la 7.ª compañía de bomberos celebró el 55.º aniversario de su fundación



Personal directivo y administrativo del diario "La Nación", órgano representativo de la prensa chilena, cuyo segundo aniversario fué festejado recientemente

Fots. Aráuz.

Es un error creer que el diamante es la piedra preciosa de más valor. El rubí es, relativamente, más caro, pues es más difícil hallar un rubí perfecto que un diamante.

La moneda de oro en circulación más grande que se conoce, es el "loof", que se usa en Annam, la colonia francesa del Asia oriental. Su valor es de cincuenta y cinco libras esterlinas.

CURIOSIDADES

En Méjico abunda tanto el palo de rosa y el roble, que estas preciosas maderas suelen usarse como combustible.

En algunos pueblos de Siberia se da el caso de que ninguno de sus habitantes sepa leer ni escribir.

Afírmase que los canarios primitivos no eran amarillos, sino verdes o grises.

Los barcos construídos con acero pueden llevar un veinte por ciento más de carga que los construídos con hierro.

Algunos rumiantes tienen la particularidad de que lloran; así al oso y a la jirafa, por ejemplo, se le saltan las lágrimas cuando son heridos.

La duración de una locomotora es, por término medio, de quince años.

En el estado de Ontario, en Norte América, funcionan seis mil novecientas cuarenta escuelas de todas clases. Figuran en ese número kindergartens, escuelas nocturnas, colegios habilitados y otros.

El elector, en Portugal, debe saber leer y escribir, requisito sin el cual no puede votar.

Dícese que en Jamaica se conocen unas quinientas especies distintas de helechos.

Los turcos creen que el ámbar contrarresta los efectos nocivos de la nicotina, de ahí que se hayan generalizado tanto en ese país las boquillas de ámbar.

Entre los indígenas de la India inglesa se han generalizado el cricket, el football y el tennis, deportes por los cuales los indios muestran gran afición.

Ricardo Ariwright, noble inglés, inventó la máquina de hilar, que vino a reemplazar la rueca y el huso.

Considérase que la universidad más antigua del mundo es la de Pekín.

En la isla de Capri las mujeres desempeñan el oficio de mozo de cordel.

El azúcar no sólo se encuentra en la caña y en la remolacha, sino que se ha notado su presencia en unos ciento noventa árboles y plantas distintas.

El volcán Aso-sau, en el sur del Japón es el que tiene el cráter más grande. Mide éste unas catorce millas en un sentido y once en otro.

En ciertas regiones del Africa central, sólo las personas muy ricas pueden permitirse el lujo de condimentar las comidas con sal.

En las islas del Caimán, cerca de Jamaica, es donde se pescan las tortugas más grandes que se conocen.

Morse, el inventor del primer telégrafo eléctrico, era pintor y escultor.

En algunas regiones de Jamaica florece una rosa de color verde.

Entre los siameses y los chinos es señal de distinción usar las uñas largas.

En tiempos de Wáshington, el poder ejecutivo estaba formado por sólo cinco ministros: de estado, del tesoro, de guerra, de correos y de justicia.

La seda es tan barata en Madagascar que la gente más pobre la usa.

Los árabes consideran un manjar la giba del camello.

La palabra "rosa" varía muy poco en el idioma de distintas naciones. En latín se decía "rosa", nombre que, actualmente, se da a esta flor en español, portugués, italiano y ruso; en polaco, es "roza"; en holandés, "roos"; en sueco, "ros", y en francés, danés y alemán, "rose".

El elefante de Africa rinde más marfil que el de Ceylán.

Jenner, médico inglés, descubrió la vacuna contra la viruela, que en su época era una de las plagas más terribles de la humanidad.

Asegúrase que la ciudad más limpia del mundo es Brock, en Holanda.

Lavoisier, verdadero creador de la química moderna, fué guillotinado en la época del terror, en 1794.

Las propiedades anestésicas del éter fueron descubiertas por el médico inglés Morton.

Mouillard, dibujante y observador naturalista francés, determinó en su obra "El imperio del aire", las leyes del vuelo de las aves, y fué el primero en construir y hacer volar un aeroplano.

EN EL MUNDO DEL CINE

Las cosas de la Pearson.—Reporteada por un periodista, Virginia Pearson ha contado cosas interesantes. Ella dice que su madre fué "medium", como su abuela, no así su padre, que fué un buen señor práctico. Dice que el positivismo de su padre salvó su vida de perenne indigencia. Dice también que el profesor Algmen, íntimo de Edison, le ha dicho que ella posee un "tercer ojo" lo cual le permite ver a los muertos aun más allá de las apariencias terrenales. Ese ojo le comunica igualmente el poder de profetizar.

Virginia Pearson

La Pearson cuenta la siguiente anécdota como prueba de sus facultades adivinativas. Cinco días antes de que llegase a Nueva York cierta legación japonesa, uno de sus confidentes astrales se le apareció en el momento en que estaba encargando "kasaba" de melón y le dió todos los detalles de la llegada, visita y partida de la embajada japonesa. Ella comunicó el asunto a su marido, Sheldon Lewis, quien le respondió que por esta vez se equivocaba.

Cinco días después Mr. Lewis, tomando un diario de la mañana, lo arrojó casi al instante y, encarándose con su mujer, le habló sobre el asunto.

—Virginia, otra vez... tú tenías razón.

La Pearson acaba de separarse de la "Fox", formando compañía propia. Tal resolución ha sido tomada, según ella, obedeciendo a la voz de uno de sus consejeros astrales, quien le dijo que tomara tal resolución "para dar al mundo algunas cosas sensacionales sobre psicomancia".

Tal lo que cuenta el repórter. Que nuestros lectores piensen lo que crean más conveniente. Nosotros... callamos.

Una broma de Jewel Carmen.—Jewel Carmen, la simpática artista, ha querido hacerle una broma a William Farnum, mientras éste se hallaba en Nueva York. Se vistió con uno de los trajes que usa el actor para "filmar" y, después de pintarse y arreglarse para imitarlo, hizo que la retrataran en una "pose" habitual de Farnum y envió un retrato a Nueva York.

William recibió la fotografía y, para retribuir la atención de la dama, se vistió con un traje de seda sin mangas y escotado, se puso una peluca y un sombrero de alas anchas como los que suele usar la Jewel, se pintó algo exageradamente los labios y, en una "pose" característica de la Jewel, se retrató y envió el retrato a la bromista.

No hay para qué decir la cara que pondría la actriz al ver a Farnum sosteniendo con sus velludos brazos y sus "manecitas" la cabeza reclinada sentimentalmente y mirando con ojos que parecen los de un cordero ante la perspectiva del asador.

Douglas y Chaplin.—En un reciente reportaje hecho al popular Douglas Fairbanks, el periodista le hizo la siguiente pregunta:

—¿Cuál productor ha demostrado la mayor originalidad y libertad en las convenciones del escenario?

A lo que Fairbanks dió la siguiente respuesta:

—Carlitos Chaplin. Y son estas las razones de mi preferencia:

Yo considero a Charlie Chaplin mucho más avanzado que cualquier otro productor. Está tan convencido de los efectos que produce y va tan derecho al fin que se propone! Siendo su propio productor y estando sostenido por su propio poder inventivo y su habilidad, está dando a la pantalla una serie de comedias que están tan bien compuestas y ejecutadas con tanta originalidad y sentido artístico, que lo colocan en un lado especial. Creo que es lo más genial y característico qué cuenta la cinematografía.

El 13 y Bryant Washburn.—Ultimamente este simpático actor hizo una película en 13 días.

—¿De modo que no es usted supersticioso?—preguntóle un periodista.

—Me agrada el número 13—dijo, sonriente, el actor.—Es mi número de suerte. Durante mi permanencia en Chicago, la chapa de mi auto llevaba el número 1313; vendí el coche y vine a California, y aquí mi número es 13139, es decir, me devolvieron mis treces.

Bryant Washburn

LOS FAVORITOS

Carlyle Blackwell.—Nació en Syracusa, Nueva York, el 20 de enero de 1885, cabello negro, ojos castaños. Mide 1.63 metros de estatura y pesa 76 kilos. Casado. Su primera aparición en la escena fué con la "Elich's Stock Co". Durante tres años actuó en la "Kalem" junto con Alice Joyce, trabajando también con Mary Pickford. Después de estas correrías formó compañía propia. Actualmente actúa en la "World", con June Elridge, simpática actriz que acaba de casarse.

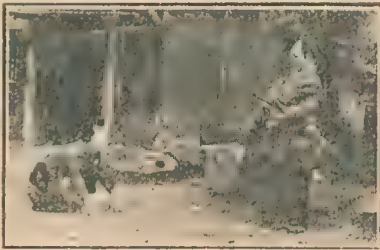


Blackwell es un hombre serio, sumamente culto, y en general poco afecto a los juegos atléticos.

Una película pesimista.—El empresario neoyorkino Harry Rapf ha dado en una idea original. Acaba de terminar un fotodrama, de siete partes, en el que todos los artistas son mujeres y cuya trama tiene por tema la influencia del elemento femenino en los Estados Unidos.

El argumento fué escrito por mujeres y también mujeres aportaron el capital para llevarlo al lienzo. Se exhibirá en uno de los teatros de Broadway y todos los empleados—de taquilla, acomodadores, porteros, orquesta, etc.—pertenecerán al sexo débil. La obra sería completa si no se admitiera al público masculino y Mr. Rapf fuera también del bello sexo.

También en el Japón...—El cine ha invadido al mundo, y el Japón no se ha librado de la fiebre. Recientemente se acaba de fundar una empresa cuyas primeras películas han llegado a Norte América. Según un cronista de este país, parece una película, pero no se sabe bien si es lo que parece. En presencia de su embrollo, se enredan los conceptos. Lo que claramente se ve es que en ella pasa algo gordo, una historia trágica. Hay un feroz "samurai", gran jefe de la casta aristocrática, con el sable desenvainado y dispuesto al mondo-



De rodillas ante el samurai

ble, como el vizcaíno del Quijote, o a abrirse el vientre o a una degollina de órdago. Enfrente una musmé, convicta acaso de un pecado de amor, espera arrodillada y sumisa la sentencia, y después, muchas escenas exóticas y características, dentro de un embrollo casi ininteligible".

Decididamente, pensamos al leer esto, no debe tratarse de una película japonesa sino de una nacional, aunque no dejará de ser curioso conocer tal producción.

Un rasgo patriótico de Louise Lovely.—Louise Lovely hace más de un año que está contribuyendo con su sueldo íntegro al fondo establecido a beneficio de los soldados australianos que pelearon en las trincheras de Francia. Aunque hace más de tres años que la bella actriz salió de su patria, no la ha olvidado, por ello, un solo instante.

Cuando el primer contingente de soldados australianos partió para Europa, la señorita Lovely y su madre decidieron practicar la más extricta economía y emplear el sueldo íntegro de Louise para contribuir modestamente a hacer más llevaderas las privaciones de sus valiente compatriotas.

Las grandes bibliotecas de Pekín contienen muchos miles de libros. En los archivos del gobierno todavía se encuentran las antiguas predicciones de eclipses que se verificaron hace muchos años, hechas con gran seguridad. Además hay algunos otros trabajos de astronomía que demuestran que los chinos han tenido siempre grandes conocimientos en esta interesante ciencia.

La cocina mayor del mundo está en uno de los grandes almacenes de París, en *Le Bon Marché*, en el cual hay empleados 500. En cada horno para asar patatas caben cuatro mil individuos. La olla más pequeña tiene de cabida 100 litros, y al mayor 110 kilos. De la cocina están encargados 60 cocineros y 100 pinches.

El poder absoluto es un poder justo, pero emancipado de toda investigación.

La antifilosofía es una disposición de ánimo que induce a odiar la recta razón.

El miedo es la consternación del alma que espera un mal.

El hombre de bien es el hombre perfecto; el que está seguro de su virtud.

La meditación es la reflexión trabajosa y en silencio.

El hombre templado es el que modera sus deseos.

PÁGINA AMENA



—Es una verdadera maravilla que usted viva todavía.
—Es lo que todos dicen al enterarse que fué usted quien me asistió, doctor.



—¿Hace frío, papá, porque es invierno, o es invierno porque hace frío?



—Para hacer una cosa bien no hay como hacerla uno mismo.
—Por ejemplo, cortarse el pelo, ¿no?



—Dicen que estoy calvo. Yo no veo, sin embargo, que se me caiga el pelo.



—Si no se siente mejor, deje de tomar las píldoras.
—No las he tomado, doctor.
—Entonces, tómelas.



—Tirate al río, ¿querés? Quiero ver si mi perro sabe salvar a una persona.



—¡Qué lugar tan solitario ha elegido usted para pedir limosna!
—Es el único lugar donde nadie se atreve a darme una negativa.



—Si quiere dejarse la barba, hágalo fuera de las horas de oficina.



—Vea, mozo, he encontrado un pelo blanco en este vino.
—No podría ser de otro color, señor; es un vino que tiene más de cien años.



—¡Qué apetito tengo! ¿Dónde estará mi guardián?



—¡Qué orejas grandes tienes!
—Sí, sólo me falta tener tu cerebro para ser un asno completo.



—¿Por qué lloras, nene?
—Porque esa señora se sentó sobre mi dulce de leche.



—Como comprenderá, no puedo perder mi tiempo viniendo continuamente por esta cuenta.
—Pues, no venga usted.



—La sordera de su esposa no tiene importancia; es efecto de la edad.
—Si no tiene inconveniente, dígaselo usted a ella, doctor.

UN GRAN ESTADO ARGENTINO

Relación de su porvenir con el gobierno municipal

No podríamos comparar a la provincia de Buenos Aires con las grandes repúblicas del Brasil o de Méjico, pero observando cierta mesura, ya podemos hacerlo con las de Chile y el Perú. Si la extensión de esta última es harto mayor que la de Buenos Aires, la de Chile sólo es poco más del doble. Y teniendo Buenos Aires alrededor de dos y cuarto millones de habitantes, Chile y el Perú no la aventajan en población sino en cosa de un cincuenta por ciento. Esto hace que en la provincia de Buenos Aires la densidad de la población sea superior a la de Chile y bastante más del doble que en el Perú.

Considerando los rápidos progresos de la población de la provincia, mientras que los de Chile y el Perú son muy lentos; considerando las ventajas propias de su situación sobre el Atlántico y el Plata, y las facilidades que su suelo ofrece al trabajo; y considerando, en fin, las que resultan de la misma mayor densidad de la población, que facilita y fecundiza enormemente las tareas del gobierno; y considerando todavía otra cosa. la inestimable ventaja de no tener que mantener ejército ni marina de guerra, no se necesitarían sino muy pocos años de buen gobierno—enteramente muy pocos—para que Buenos Aires superase por su población y por su importancia económica y cultural, a las repúblicas de Chile y el Perú. Entonces, después de Méjico, el Brasil y la República Argentina, ella sería el primer estado iberoamericano. El gobierno que la elevase a tal altura bien pudiera ser comparado a los de Rivadavia y de Sarmiento.

Pero lo que los gobiernos no sean capaces de comprender ni de hacer, es menester que lo comprendan y hagan los pueblos. Y al decir gobierno, nos referimos al gobierno central. El gobierno municipal, cuando es auténticamente popular, no está muy lejos de ser la asamblea de los vecinos. Y la acción de cada vecindario, de cada gobierno municipal, bastaría ella sola para impulsar vertiginosamente a la provincia por las rutas del progreso.

Las comunas bonaerenses, bien administradas, son ricas al extremo de que algunas de ellas no han necesitado más que algunos meses para reponerse del desastre administrativo de varios años. Ellas podrían hacer lo que quisiesen, y desde luego, imprimir extraordinario impulso al progreso urbano. Cuidando de la salud pública, por medio de los servicios de cloacas y aguas corrientes, podrían propender al aumento de la población. Podrían adoquinar tantas calles cuantas fuesen necesarias, y mantener en buen estado y abrir los caminos que hiciesen falta. Podrían instalar usinas de energía eléctrica a cuyo favor se desarrollasen las industrias y las comunicaciones. Podrían crear bancos agrícolas para la subdivisión y colonización de la tierra. Podrían, en fin, hacer todo cuanto de un gobierno se necesita. Hasta podrían crear escuelas donde ellas faltasen. Y con eso, repetido en cada una de las comunas bonaerenses, la provincia de Buenos Aires sería pronto una provincia de alta inmigración, de grandes ciudades, de extraordinaria actividad económica, de adelantada cultura y civilización. Sería, insistimos, el cuarto de los estados iberoamericanos, sin que tampoco la excediese ninguno de los estados federales del Brasil.

Pero para realizarlo es menester que los vecindarios vigilen el gobierno municipal y tengan de él el debido concepto. Los vecinos—¡ojalá que en masa!—deben votar en las elecciones municipales, y no consentir que en el gobierno municipal se haga política de obstrucción, sea de parte de los miembros que lo constituyan, sea de parte del gobierno central. El gobierno municipal tiene que ser auténticamente popular, fiel expresión de la voluntad del vecindario. Esta es una condición previa, y sólo se la puede llenar mediante el ejercicio del sufragio. Y después de esto, tiene que subordinar la política a la administración, la razón partidaria a los intereses del vecindario. La obstrucción sólo es legítima cuando se hace a los gobiernos que vehementemente el pueblo desea derribar. La oposición sólo es legítima cuando tiene por objeto el mejor servicio del vecindario. Pero no son legítimas cuando constituyen un alzamiento contra la soberanía del pueblo.

Las últimas elecciones municipales de la provincia no fueron muy satisfactorias, ni del punto de vista del ejercicio del sufragio ni del de la constitución de las municipalidades. Muchos concejales, buenos vecinos, que en el fondo son escépticos en política, se condujeron como fanáticos sectarios, obstruyendo la constitución de las municipalidades, cuando su deber era protestar contra la obstrucción que ya hacían las policías y los comisionados del gobierno. Obedecían a órdenes y sugestiones de los dirigentes de su facción. Pero eso quiere decir que no tenían conciencia de su calidad ni de su responsabilidad de mandatarios del pueblo. Ningún concejal puede consentir alzamiento alguno contra el cuerpo de que forman parte a título de miembros, ni tampoco resistirse a su constitución, porque ese cuerpo, los concejales colectivamente, representa lo que no representa ninguno de ellos en particular: la soberanía popular. No pueden consentirlo, y mucho menos si es sometiéndose a una voluntad arbitraria,—que por lo demás resuelve sin consultarlos,—pues ningún mandatario del pueblo puede enfeudarse a ninguna voluntad arbitraria. Cuando la lealtad se convierte en servilismo, no es ella la virtud que se exige a los hombres. Entonces es la rebeldía, lo más enérgica, lo más violenta, lo más airada posible. Desgraciadamente, entre nosotros, suele confundirse la lealtad con el servilismo, así como la cautelosa traición con la masculina rebeldía.

A los concejales les toca, ante todo, hacer respetar contra quien sea, los fueros del cuerpo a que pertenecen. Asimismo es indispensable que ellos por su parte, las juventudes por la suya, y por la suya los padres de familia y el comercio honesto, y todos en común, protesten y resistan enérgicamente, con toda indignación y toda ira, apelando a todos los recursos legales, y en primer lugar a la agitación pública, contra toda tentativa de convertir a las policías en señoras irresponsables de los vecindarios, y a los comités políticos en focos de inmoralidad y cuartel general del malevaje. Por ningún concepto deben consentirlo. No hay razón política que pueda justificarlo. Los partidos políticos que necesitan apelar a esos recursos, demuestran no ser partidos, sino camarillas de ambiciosos sin opinión.

Las últimas elecciones y constituciones de municipalidades han presentado los inconvenientes antedichos. Es menester que los concejales reaccionen, y que los vecindarios reaccionen también en los venideros comicios. Pues por suerte nada de eso es irremediable.

Para curar los forúnculos

El doctor Gallois, especialista en la materia, recomienda el siguiente método: Se toma un palillo de dientes y en una de sus puntas se arrolla un algodón, se moja éste en licor yodacetonado. Sobre el forúnculo más abultado, el principal, se pasa varias veces este pincel, y después en los secundarios, y por último en los que están en estado embrionario. La yodacetona mancha los tejidos de color castaño obscuro. Nunca se incidirán los forúnculos ni se estrujarán para quitar el pus acumulado.

Después de pasado el algodón con la yodacetona aplicándolo metódicamente para que el éxito terapéutico sea seguro, se cubre con una manta de gasa hidrófila empapada en agua hervida y exprimida después, en la que se vierte glicerina boricada en abundancia; como el algodón está húmedo, el exceso es rápidamente absorbido. Inmediatamente se aplica a la parte enferma, de manera que recubra toda la superficie, encima se pone otra capa de algodón no hidrófilo para evitar que absorba la glicerina y las dos cosas se sujetan con una venda de gasa.

La untura con el licor yodacetonado queda húmeda lo menos durante 24 horas, renovándolo, según las circunstancias, una o dos veces al día. Si se examina la región enferma al cabo de dos o tres días, se nota que el clavo del forúnculo está por lo general menos duro, menos rojo y que la piel de los alrededores tiene su aspecto normal. La yodacetona detiene la forunculosis y la untura previene la diseminación. Hay que procurar que los toques se den con cuidado y limpieza. Otro detalle de importancia es el de no usar la ropa contaminada y no ponerse cuellos rígidos durante bastante tiempo, porque raspa la piel y preparan el terreno para otra nueva inoculación.

EL OTRO MUNDO

Estábamos en diciembre de 1870. Al dirigirme desde Rochefort a Royan para embarcarme en el vapor, una furiosa tempestad obligó al vehículo donde había tomado yo asiento con un sueco, el doctor Claudio Lorvenbordj, a detenerse en una aldea situada a la orilla izquierda del Charente, muy ancho en aquel sitio.

Allí, por Martron, es por donde pasa la balsa.

La mala posada donde nos refugiamos había recibido ya a dos viajeros, detenidos como nosotros, por la tormenta: un hombre de treinta y cinco años, que vestía el uniforme de la marina francesa, y una mujer joven y bella, aunque de rostro pálido y enfermizo.

Arreciaba la tempestad, las ráfagas de viento azotaban el techo y las paredes de la posada, y el Charente estaba agitado como el mar en tiempo de borrasca.

—No habrá más remedio que pasar aquí la noche—dijo el sueco.

—Comamos, ante todo—le contesté—y después veremos.

El marino se levantó y dijo bruscamente al dueño de la posada, que era también batelero:

—¿Quiere usted "pasarnos", si o no?

—Es imposible—contestó el interpelado.

—Pero yo no puedo desertar—replicó el marino.

La joven lanzó a su acompañante una mirada despreciativa y le dijo:

—Pues bien, parte y déjame sola.

—De ningún modo—contestó el marino con reprimida cólera;—lo que es esta vez me acompañarás.

La noche iba cerrando poco a poco.

—¡Vamos!—exclamó de pronto el marino.—¡Es forzoso partir! No necesito la balsa, pues me basta con la canoa.

La mujer se resistió durante algún tiempo; pero al fin cedió, dejándose arrastrar por fuerza.

Desde la puerta de la posada les vi embarcarse.

Al poco tiempo, y en medio del rumor del viento, me pareció oir un grito desesperado.

El sueco y yo salimos de la posada. La noche era obscurísima y llovía a torrentes.

—¿Conoce usted a ese marino?—pregunté al batelero.

—Sí, señor; es hijo de un propietario de Saugeon, un calavera llamado Barthez. Sus padres lo embarcaron siendo muy joven, y ahora es oficial.

—¿Y su mujer?

—Tampoco es cosa buena. Se llama Juana Blechin y es sobrina del maestro de escuela. Como los sorprendieron juntos, los obligaron a casarse. Ahora ha vuelto él de viaje y le ha descubierto varios trapicheos, lo cual le tiene fuera de quicio.

Todo esto ocurría el 28 de diciembre de 1870.

Al cabo de un año, me hallaba yo en París el 28 de diciembre siguiente. Y la noche del aniversario del año anterior, se reconstruyó en mi cerebro por medio de un sueño. Volví a aver a la mujer de la posada, pero con el cráneo descarnado y los ojos huecos.

Tenía yo la dirección del doctor Claudio, y al día siguiente le escribí mi extraño sueño.

Mi antiguo compañero de viaje me contestó a los pocos días:

"Tome usted nota anualmente de todo cuanto surja en su imaginación con respecto a la noche del 28 de diciembre de 1870".

No hubo en adelante noche alguna del 28 de diciembre, en que no viese yo a Barthez. Pero el aspecto bajo el cual le veía, cambiaba en cada aniversario.

En 1878 se me apareció pálido, herido y acostado en una cama, contemplando atentamente una cajita negra que contenía una cruz de caballero de no sé qué Orden.

En 1879 estaba cubierto de polvo, con la espada en la mano y persiguiendo a unos negros que ante él huían. En el suelo había varios cadáveres.

En el décimotercero aniversario se me reprodujo el mismo oficial, viejo ya, con la tez bronceada y una cicatriz en la frente.

Es de advertir, que en mis sueños no volví a ver a Juana Blechin.

En mayo de 1891, el doctor Claudio hizo un viaje a Amelie les Bains, con objeto de pasar allí un mes y me decidió a que le acompañara en su expedición.

Al pasear un día por el camino de Palalda, nos encontramos de manos a boca con un oficial de marina vestido de uniforme.

Le miramos con atención y vimos que era Barthez, horriblemente envejecido.

—¿No es usted, caballero—le pregunté yo—el oficial que conocimos durante una tempestad en la posada de Martron?

—Sí,—contestó sorprendido—creo recordar...

—¿Ha estado usted ausente desde aquella época?

—Sí, señor. He peleado en Argel, en el Senegal, en Túnez... Quería hacerme matar, y no pude lograr mi propósito.

El doctor Claudio se empeñó en que Barthez fuese a almorzar con nosotros.

Durante el almuerzo, el sueco habló de varias cosas indiferentes, aludiendo, como por casualidad y de pasada, a las escenas que había yo inscripto en mi libro de memorias.

—Los aniversarios—decía el doctor—ofrecen a veces muy raras circunstancias. Hay lazos secretos entre los acontecimientos, coincidencias extraordinarias que se relacionan con los lugares, con el tiempo, con los individuos y con los accidentes de la vida humana. Voy a buscar mis notas, y verá usted qué concordancia tan singular existe entre ellas y los sucesos de su vida.

Barthez palideció y su frente se cubrió de sudor.

A los pocos minutos el sueco leía lo ocurrido en diciembre, año por año.

—Tal día figuró usted en un asalto.

—Con efecto.

—Tal otro fué usted herido y condecorado.

—Sí, en el Senegal.

La respiración del oficial era cada vez más penosa.

Después leyó el doctor la escena del campo de batalla.

—¡Todo eso es exacto!—exclamó Barthez.

El doctor Claudio pasó después al primer aniversario, referente a la aparición de Juana Blechin, de su calavera, de su cadáver y de sus ojos huecos.

—También la vi yo, durante la misma noche—dijo el marino.

—Aquella noche—exclamó el doctor—la mató usted en el bote de Martron y arrojó el cadáver al río...

Al día siguiente leímos en un periódico esta noticia:

"M. B..., capitán de fragata, que acababa de obtener el retiro, se levantó anoche la tapa de los sesos.

Se ignora las causas del suicidio".

Aureliano SCHOLL.

La ocasión es el momento preciso para el éxito; el instante de que depende alguna dicha para nosotros.

La memoria es una facultad del alma que le permite recordar las verdades aprendidas.

La reflexión es ejercicio de la inteligencia.

El pensamiento es el principio de la ciencia.

El éxito de un debate procede del seguro golpe de vista con que se domina una cuestión.

Las selvas de Filipinas dan mayor número de maderas diferentes que ningún bosque en el mundo.

Según una estadística publicada antes de la guerra que acaba de terminar, en Francia se comían más de sesenta y cinco millones de kilos de bombones al año.

Los ferrocarriles suizos comenzaron a emplear traviesas de metal en 1881, y hoy las emplean en más de la mitad de la red ferroviaria federal.

Las cuatro quintas partes de los clavos de especia que se consumen en el mundo proceden de Zanzíbar y Pemba (Africa).

El primero de enero de 1730 se erigió en Montevideo el primer Cabildo y el primer curato.

El capullo de un gusano de seda, bien alimentado y desarrollado, da a veces una hebra de seda de mil metros de largo.

Un artista inglés afirma que en el 99 por ciento de los casos el rostro humano es más perfecto por el lado izquierdo que por el derecho.

ANÉCDOTAS

ANECDOTA

Una vez, hallándose en Budapest el emperador Francisco José, dió audiencia pública en el palacio real.

Un obrero se presentó todo avergonzado y dijo balbuciente:

—Quisiera un retrato de V. M. dedicado a mí.

—Con mucho gusto lo haría,—contestó sonriendo benévolo el emperador;—pero no tengo aquí pluma ni lápiz.

—Eso no importa,—replicó el obrero.—Lápiz lo traigo yo.

Sacólo en efecto y lo entregó al emperador.

Francisco José firmó el retrato y después, distraídamente, se guardó el lápiz en el bolsillo.

Viendo que el solicitante no se marchaba, el emperador le preguntó afectuosamente:

—¿Puedo hacer algo más por usted?

—Sí, majestad,—contestó el obrero ingenuamente;—devolverme el lápiz.

Angel M. Imunde.

UN CORAZON NOBLE

Durante la guerra de la independencia entre Inglaterra y Norte América, hallábase una columna del ejército inglés cerca de otra de tropas norteamericanas, cuando el coronel que mandaba la primera columna observó que, un oficial enemigo, a caballo, practicaba incauto un reconocimiento, llegando hasta ponerse a tiro de los contrarios, sin advertir que éstos lo observaban.

Por el derecho cruel de la guerra el coronel inglés hubiera podido hacer fuego a aquel oficial. Un soldado le dió un arma que él tomó, y con el dedo en el gatillo se contuvo, movido de un sentimiento de caridad ante la idea de quitar la vida a un semejante de una manera que podía calificarse de asesinato, y bajando el fusil dejó que el oficial enemigo se alejase. El oficial inglés, en cuyo pecho latía uno de los corazones más nobles y valientes del ejército, tuvo en sus manos por un momento la vida del magnánimo y célebre Wáshington, pues no otro era el oficial norteamericano, y bendijo aquel arranque de generosidad que le libró de matar al que por sus virtudes tuvo más tarde la admiración de sus mismos enemigos.

Horacio D. Chescotta.

UNA ANECDOTA DE LAVALLE

El juicio que el general San Martín tenía acerca del guerrero que nos ocupa, siendo éste un subalterno, lo expresaba con motivo de las proezas que había hecho como guerrero en los combates de Puttaludo, Chacabuco y Maipú. A fe que nadie dudara de su competencia para juzgarlo.

—Lo que Lavalle haga como valiente—decía—muy raro será el que lo imite, y el que lo exceda ninguno.

Y el general Bolívar, con quien estuvo siempre en desinteligencia, por el modo brusco con que el libertador de Colombia acostumbraba a tratar con sus jefes, decía con motivo de haberse negado el general Lavalle, siendo comandante, a obedecer una orden de arresto:

—El comandante Lavalle es un león, a quien es preciso tener enjaulado, para soltarlo el día de la batalla.

José M. A.

PAGANINI

El más grave de los vicios que adquirió en su juventud Paganini, fué el juego. Este vicio, además de perjudicar su reputación, creó al joven artista apuros económicos, viéndose en la necesidad muchas veces de vender su violín. Un día que había vendido su instrumento y que debía dar un concierto en Liorna, pidió prestado un excelente "guarnerius" a M. Livron, comerciante francés muy afecto a la música.

Terminado el concierto, Paganini fué a devolver el instrumento a su dueño; pero, éste, con toda generosidad lo rehusó, diciéndole:

—Me guardaré muy bien de profanar esas cuerdas después de haber tocado vos; desde ahora mi violín es vuestro.

Paganini aceptó tan noble ofrecimiento y se sirvió de ese violín en todos los conciertos que dió desde aquel día.

El emir de Afganistán es hombre gracioso, o por lo menos así se le figura a él, y por si no lo sabían unos ingleses que dieron un banquete en su honor, él se encargó de advertirlo durante la comida, diciendo antes de contar un chascarrillo: "Señores, voy a decir un chiste". La advertencia la pronunciaba en inglés, y luego contaba la gracia en persa o en otro idioma que no entendían los circunstantes.

LA PÁGINA DE LOS LECTORES

Las colaboraciones para esta página no deben contener más de cincuenta palabras, y sólo se publicarán las que se juzguen de interés.
Diríjanse bajo sobre a la siguiente dirección: MUNDO ARGENTINO. — "La página de los lectores"—Maipú 393—Buenos Aires.

Confidencias

M. G.:
¿Cuáles fueron las causas que han impedido cumplir lo prometido? Creo que no será olvido, ¿verdad? Los verdaderos amigos quieren de corazón y cumplen su palabra, y al ofrecer su amistad creo que fué sincera, por eso espero por esta simpática revista su contestación.

D 24 Diciembre.

No quiero que sufras por mí, mi corazón late a impulsos por otro amor; a tí sólo te ofrezco de corazón mi amistad franca y pura.

Enrique.

A Reina Margot:
Mi físico concuerda con su ideal. Mi espiritualidad está hecha de un sentimentalismo exagerado que a veces me hace temer por mí mismo.
Caballero de un ideal, quisiera a mi vez encontrar un alma de Julieta o de Cossette, de María o de Virginia.

Remember.

Simpática M. E.:
El travieso Cupido se ha valido de tus palabras para herir mi corazón con la más certera de sus doradas flechas.
Y lo ha hecho de tal manera que mi pensamiento vuela a cada instante a la que me figuro encantadora personita.

Jefe de oficina.

A Morocha Moronera:
No trates de terminar con tu existencia si el ser que te juró eterno amor no te ha olvidado y ni es ingrato; al contrario, te quiere.

Cariñoso L.

Para A...
Tus amigos me creen "tu nuevo flirt" y no comprenden que así sea, estando tu comprometido.
Corrige ese error, si estimas en algo mi amistad.

María Haydée.

Queridas lectoras:
Si llegan a encontrar un hombre fino, constante y leal, llévenlo por cosa rara a la Historia Natural.
Es el sincero consejo que os da una chica que aun no ha logrado conseguir este bicho; por eso lo pongo en público, para que vosotras, simpáticas lectoras, os toméis también este imperecedero trabajo.

Celitame.

A Pedro:
El corazón me dice: es él. ¿Y si no fuera? ¡Oh, la angustiosa duda! Despeja la incógnita.

Pi.

A Flor de misterio:
Investigador sempiterno de la esencia íntima del espíritu, he leído con placer su triste confidencia, la cual ha dejado en mi alma el suave perfume de una flor ignorada. Yo también sueño y me desespero en el misterio del silencio.

Andino.

A Porteña revolucionaria:
Si nosotros los marinos tenemos en cada puerto un nuevo amor, es porque nuestra gloria y afán es la mar, y de vosotras ya no creemos más nada porque sois muy infieles e ingratas.

Captain of curvet S. S. Montevideo.

A Dora B...—Capital.
He recibido tu carta. Tus palabras, llenas de dolor, penetraron hasta lo más profundo de mi espíritu. Dime dónde estás, necesito verte. Quiero que tu sonrisa, como en otrora, alegre el sendero tan triste y solitario de mi vida.

Negro (Adrogué).

Para Alberto:
Si un mero capricho lo guía o el hábito a pasar por casa, ruégole a usted que lo deje.
Si es un caballero lo hará.

Stella.

A Pianista:
El que desea, buscará oportunidad de hablar.

Ojos negros.

A Idilio:
Mis ideas son las tuyas.

Muri R.

A Perfecto Caballero:
No puedo creer; dudo; porque jamás ha llegado a mis manos esquela alguna escrita de su puño y letra; pero si es usted y me escribiese, yo contestaría con prontitud.

No me olvides.

El hombre que constituye mi sueño

¿Será tal vez una idea forjada por mí? que mi ideal es una de esas figuras seductoras, que al pasar dejan heridas nuestras almas, y parece que nuestros labios, obedeciendo a una fuerza interior, quisieran abrirse para pronunciar una frase de amor.

Tafí, totorocha.

El hombre que constituye mi sueño no es ni morocho, ni rubio, ni alto, ni bajo, sino que tenga mucho dinero para poder viajar, que es lo que ansío con delirio.

Tita.

Un hombre de rostro feo, pero de alma grande, agradable en su trato, elegante, cariñoso, rubio o morocho, de 20 a 28 años.

Amor profundo hacia ti.

Un morocho alto y delgado, de ojos garzos y mirar vagaroso, que viva en continuo idilio con las musas, que representan simbólicamente a su amada, y que cuando me vea piense siempre que soy la inspiración celeste de sus anhelos.

Ailema Arbilla.

¿Cuál sería mi mayor felicidad?

Asegurarme un porvenir brillante, pues siendo trabajador, en los momentos de tregua del rudo trabajo me he sacrificado en estudiar un curso del que pronto espero sacar el diploma para poder ser un firme apoyo en la vejez de mis caros padres.

Silencioso.

Unirme con una simpática morochita tucumana para poder formar un hogar feliz, pero dudo que se realice nuestra unión por la diferencia de posición social que existe.

L. R. C.

Sería saber dónde se halla el hombre que tanto amo y por qué me abandonó sin decirme el motivo de su alejamiento, sabiendo lo que sufría yo por él.

Luisita G.

Que el joven rubio de ojos celestes y regular estatura supiera comprender los motivos que me obligan a no poder verlo ni hablarlo a solas, y por ese motivo me abandona.
Conteste a

M. R.

LO ESENCIAL



—¿No cree usted que el nene se parece mucho al padre?
—En efecto; pero con tal que tenga salud, no importa.

Mi hombre ideal es un joven alto, morocho, de ojos negros y que sea estudiante como lo soy yo, que tenga 17 o 18 abriles y que ame entrañablemente a

Morocha.

Un joven alto, delgado, de ojos soñadores, que sea afecto a la aviación y que haya dado pruebas de intrepidez. No importa sea pobre o feo; sólo deseo sepa traducir en sus palabras los sentimientos nobles que en su pecho ha de abrigar.

Marta (Concordia).

Mi ideal lo constituye un muchachito rubio y simpático, delgado, de ojos verdes grandes y de mirar expresivo.
Que tenga un espíritu romántico y soñador, que ame la poesía y se dedique con amor al estudio.

Corazón romántico.

Lo deseo que reuna las siguientes cualidades: una persona muy intelectual y culta, de carácter suave, corazón noble, sincero y que ame mucho a su compañera; con estas cualidades tengo la plena convicción que seré feliz.

Esther.

Aquel cuya imagen llevo grabada en mi memoria. Un morocho alto y muy simpático, de ojos grandes y soñadores. Hace dos años que lo conocí, vivía frente a mi casa, después yo me ausenté y hasta ahora no he sabido nada de él.

Flor marchita.

Irme con el hombre que amo en aeroplano, y cuando esté lejos arrojar una bomba de dinamita sobre unas envidiosas vecinitas mías. ¡Cómo gozaría!

Poróta vieja.

Reconciliarme con ella, con el ángel que amé y amo con toda mi alma, y que ella no supo comprenderme.

Uno de Belgrano.

Mi mayor felicidad sería que el pueblo argentino llegase a comprender la grandeza de los principios del socialismo.

Socialista quilmeña.

Mi mayor felicidad sería que el joven a quien yo amo con locura correspondiera a mi amor lo mismo que yo hago con él.

Tu Rubia de ojos negros.

Sería... que el simpático joven V. G. me correspondiera y se ocupara más de esta pobre rubia que sufre y no de otras mujeres.

Tina.

Poder realizar nuestro viaje, el cual desde hace tiempo hemos ya proyectado, pero a falta de armas y dinero nos vemos obligados a suspenderlo. Si algunos de los amables lectores o lectoras se sintieran con vocación de facilitarnos algún apoyo, les agradeceremos contesten por medio de esta revista.

Dos aventureros.

¿Cuál es en mi concepto la mujer ideal?

Joven o vieja, cuyo país de origen tenga un habla imposible de entender más que a ella misma; el físico me es indiferente; que posea unos $ 200.000 más o menos y buena salud.

Amante de la tranquilidad y los buenos alimentos.

Es una morochita, linda, algo gruesita, que le gusta algo la "literatura", que ame mucho al que será su compañero, que ame también el hogar. Que tenga los ojos negros o castaño obscuro, y por último que sepa que su morocho siempre le amará.

Eduardo N. G.

Una joven que sea seria desde todo punto de vista, que sea sencilla, que refleje a través de sus ojos y de sus palabras la bondad y la nobleza de su alma; además religiosa (pero no fanática). En cuanto a lo físico me es indiferente.

Nomar.

Es una joven rubia, alta, delgada, de ojos celestes como el cielo, y que conocí en una reunión en un pueblo que lleva el nombre de un prócer que tuvo alta figuración en la última campaña contra Rosas; al ver esa imagen idolatrada sentí el dulce placer que proporciona Cupido con sus flechas ardientes.

Aspirante.

Que sea modesta, cariñosa y franca; que adore los niños, las flores y los pájaros; que sea amante de la música y la poesía; que le guste la vida del campo, donde, por la índole de mi profesión, me veo obligado a vivir.

Agrónomo tucumano.

Es aquella que conozca completamente su misión en la tierra. Que esté resuelta a luchar por la vida con el que será su compañero. Que sea sencilla en todos sus actos, franca y librepensadora.

Volcán.

Que sea inteligente, razonable, físico regular, de 24 a 33 años, con 30.000 pesos para vivir tranquilamente y hacerlos producir; en cambio de ello, le entregaré todo mi corazón y viviré para ella solamente.

Luvez.

El concepto juvenil que yo tengo acerca de la mujer ideal, es el siguiente: Que sea en físico y belleza la Venus de Milo.
¿Dirán las simpáticas lectoras que soy retrógrado en mi ideal?...

Alfredito S.g.d.

Aquella que se haga querer por todos sus semejantes. Con un alma noble y un corazón más grande para amar mucho a sus hijos, en los que verá la futura grandeza de la patria y en el trabajo la alegría de vivir.

Ilusión negra.

El ideal que en mi mente he forjado, es una morocha de cabello castaño, más bien baja, ojos también castaños que lanzan miradas que cautivan el corazón.

Soñador (Concordia).

Mi ideal era una morocha de ojos de azabache y renegrida cabellera!.. sin embargo amo con locura—que raya en la desesperación—a una pálida princesita, de cabellos rubios color de oro, y de grandes y azules ojos, que cual dos montañas de fuego, en la inmensa soledad de mi alma, iluminan la senda de mis locos desvaríos...

Para F. B. de M. C.

Nieves su nombre, su rostro angelical
ofrece encantos de sin par belleza,
nimbada está su frente de pureza,
ornan sus ojos pestañas sin igual.

Ranilopa.

Una niña, aunque carezca de hermosura, que sea amante de la música, el baile, el sport y del hogar; que su edad no exceda de 19 años, de cuerpo elegante pero modesta en el vestir, de cabello castaño obscuro y ojos grandes y oscuros, que sepa amar como debe amarse y trabajadora.

Pesimista.

Es ella a quien amo. Su estructura moral es de las diosas que rigen la evolución de las existencias humanas. Por eso es que vive constantemente en mi a pesar de la distancia que nos separa...

Nieves.

Que me ames tanto como yo te amo y cumplas con tu palabra, y que tengas completa confianza en tu Elenita.

¡No me olvides!

Los marinos de Noruega pueden votar antes de salir de su país si la votación se ha de verificar tres meses después de su partida a lo sumo. También pueden votar desde un puerto extranjero, mandando el voto por conducto del cónsul de Noruega.

VAMOS A VER...

ENTRE AMIGOS

—¿Viste la cinta "Flor de durazno"?
—Sí.
—¿Hasta dónde?
—Hasta donde termina.

Miguelina d'Eva.

EN UN RESTAURANT

Un parroquiano tomando su café:
—Hace aquí mucho calor, mozo; abra usted la ventana.
Otro parroquiano tomando su aperitivo:
—¿Se ha vuelto usted loco, mozo? Me estoy helando; cierre usted esa ventana.
El mozo no sabe qué hacer y va a consultar el caso con el patrón, el cual le contesta:
—Obedezca usted al caballero que no ha comido todavía.

ENTRE PIBES

Carlos.—Ché Pedro, ¡qué vieja es tu abuelita!
Pedro.—Hace cuarenta años era más joven.

Pepe.

BUENA JUSTICIA

Entró un joven a un restaurant, estuvo largo rato y al ver que no le atendían tentó retirarse, diciendo:
—Ya no preciso, me he llenado con el olor.
El dueño que vió que iba saliendo el joven y que sintió dicha frase, le llamó, diciendo:
—Joven, ya que se llenó con el olor, tiene que pagar.
Aquí se armó una acalorada discusión a la que intervino un joven, diciendo:
—Yo arreglaré todo esto; y tomando dos platos pidió al joven unas cuantas monedas, las puso en un plato y las tapó con el otro y agitando fuerte éstos de manera que sonaran las monedas, dijo:
—Pues el uno se llenó con el olor, el otro se dará por pago con el ruido.

Nucha.

SIN TITULO

—Papá ¿por qué este año los duraznos no son tan dulces?
—¡Ah, hijo mío, es que el azúcar está muy cara este año, y no es posible que se le ponga a todos los árboles azúcar!

Mercedes Ferrari.

EN UN HOTEL

Cliente. — Tráigame una milanesa con papas.
Mozo.—No tenemos.
Cliente.—Entonces, sírvame pollo rôti.
Mozo.—Tampoco tenemos.
Cliente (algo amoscado).—¿Qué tienen, entonces?
Mozo (con naturalidad).—Tenemos los cocineros en huelga.
Cliente (afilando el cuchillo en el borde del plato.—Bien: tráigame uno.

I. S.c.i.m.é.

"VINO DE LA RIOJA"

Un riojano, al llegar de su provincia a la Capital Federal, después de haber caminado unas cuadras, se encuentra con que en un almacén había un letrero que decía: "Vino de la Rioja". El mencionado provinciano al ver esto exclama:
—¡Ya esto no me está gustando, pues la gente de esta ciudad es muy conservadora, apenas he llegado ya todo el mundo lo sabe!

Larguia.

ESTABA FRIO

Un paisano entra en una confitería y pide un helado y lo empieza a comer, pero lo encuentra muy frío, y dice al confitero:
—Está helaito, hágame el favor de ponírmelo un poco en el horno.

Raúl Vuoto.

AVARICIA

Un avaro se ve en la necesidad de obsequiar a su hijo y le entrega una cajita vacía.
—Toma,—le dice,—es de sorpresa.
El niño la abre y exclama:
—¡Pero si no tiene nada!
—Ahí está la sorpresa, precisamente, hijo mío.

Alfredo Rosenblum.

LA PUBLICIDAD

—Ve tú lo que es la publicidad—decía un amigo a nuestro amigo Juan.—Tengo un chalet en Belgrano, y deseoso de venderlo, encargué a un escritor que hiciese un anuncio en los periódicos. Salió el anuncio y hacía una descripcióón tan encantadora de mi propiedad y del paisaje bellísimo que lo rodea, que...
—Que lo vendiste inmediatamente.
—Nada de eso; que me entusiasmé tanto con la tal descripción hasta el punto de no querer venderlo ya por ningún precio.

J. A.

EN UNA FIESTA DE CARIDAD

En ocasión de celebrarse una fiesta de caridad, las damas más distinguidas de la aristocracia se brindaron galantemente a vender flores, cigarros, licores, etc.
El acto resultó espléndido, y las damas, animadas de una noble emulación, rivalizaban en discurrir medios a cual más ingeniosos para vaciar los bolsillos de los concurrentes del sexo feo.
Entre estos hallábase un campesino sumamente rico y escandalosamente rústico y ordinario, el cual se acercó a un elegante puesto donde servía licores, con inimitable gracia, la marquesa de X.
—¿Cuánto vale una copa de Jerez, señora?—preguntó el ricacho.
La marquesa, entonces, llenó una copa de licor y levantándola hasta la altura de sus rojos labios, dijo:
—Esta copa, así, no valdría más que cinco pesos; pero ahora... usted dirá cuánto vale.
Y diciendo esto, tocó el líquido con sus encantadores labios, alargándole la copa.
Pero el rústico, sin tomar la copa, sacó su cartera y dejando sobre el mostrador un billete de diez pesos, contestó muy fino:
—Vea, señora: cóbrese diez pesos, y sírvame otra copa, porque no me gusta beber babas de nadie.

Enfermita.

EXAMEN DE MEDICINA

—¿Qué le daría usted a un enfermo que teniendo tuberculosis laríngea, albuminuria en tercer grado, y un principio de cáncer en la lengua, se encontrase de pronto atacado por un cólico miserere?
El alumno (sin vacilar).—La extremaunción.

E. Moreno.

EN UNA FAMILIA DE NEGROS

La madre.—Decime, hijita, ¿por qué cambias tan a menudo de profesor de música?
La hija.—Porque son una punta de sinvergüenzas; no hacen más que ofenderme.
La madre.—¿Qué pasó?
La hija.—Todos dicen que una blanca vale dos negras.

A. J.

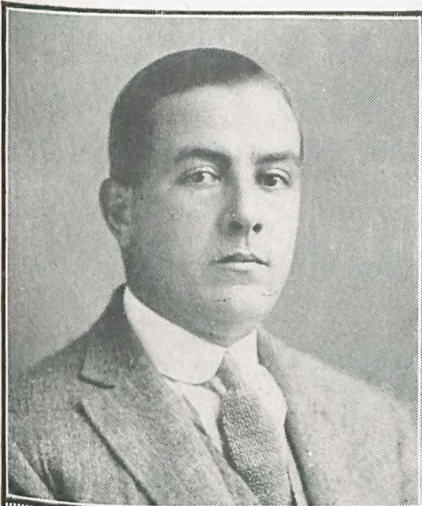
EN UNA PELUQUERIA

Peluquero.—¿De qué manera quieres que te corte el pelo?
Juancito (niño de 10 años).—Lo mismo que a mi papá: con un plato lleno en la cabeza.

Benjamín Rinsky.

Diariamente se consumen en Londres diez mil ciento veinticinco millones de litros de agua.

NUEVOS MÉDICOS VETERINARIOS EGRESADOS DE LA FACULTAD DE AGRONOMÍA Y VETERINARIA


Carlos P. Seré.

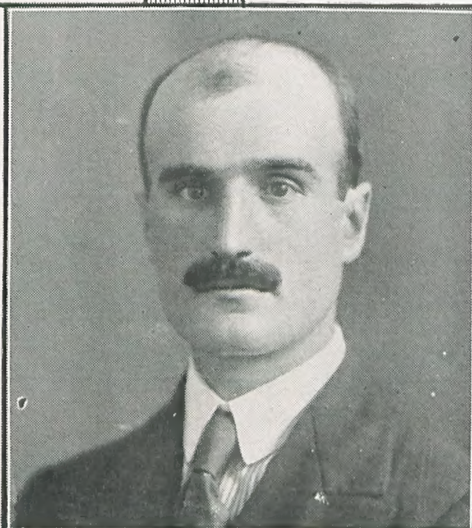

Amlet J. Fornouzini


Héctor Rodríguez


Julio García Laredo.


Luis B. Gutiérrez.

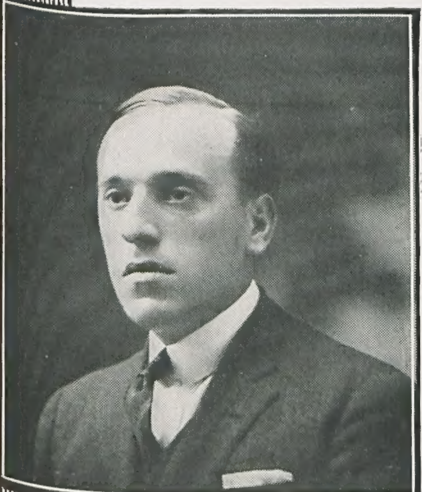

Carlos F. Flores.


Humberto Benesperi.

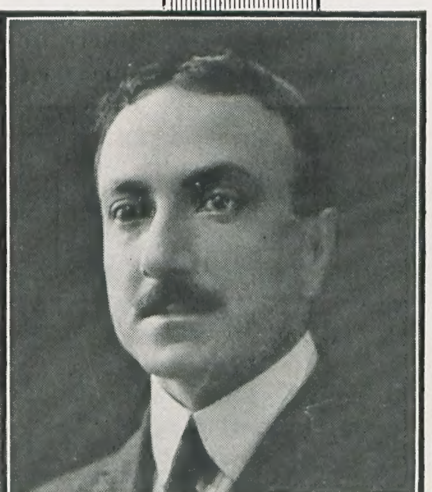

Juan María Torres.


Alfredo Ballarati.


Emilio A. Antequeda


Juan B. Rocca.


Matías Astiz.


Eleazar Barrionuevo.


Alberto Persio Ferrari.

Impreso en Buenos Aires, en los talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, para la casa editora Empresa Haynes, Maipú 393, Buenos Aires : : :